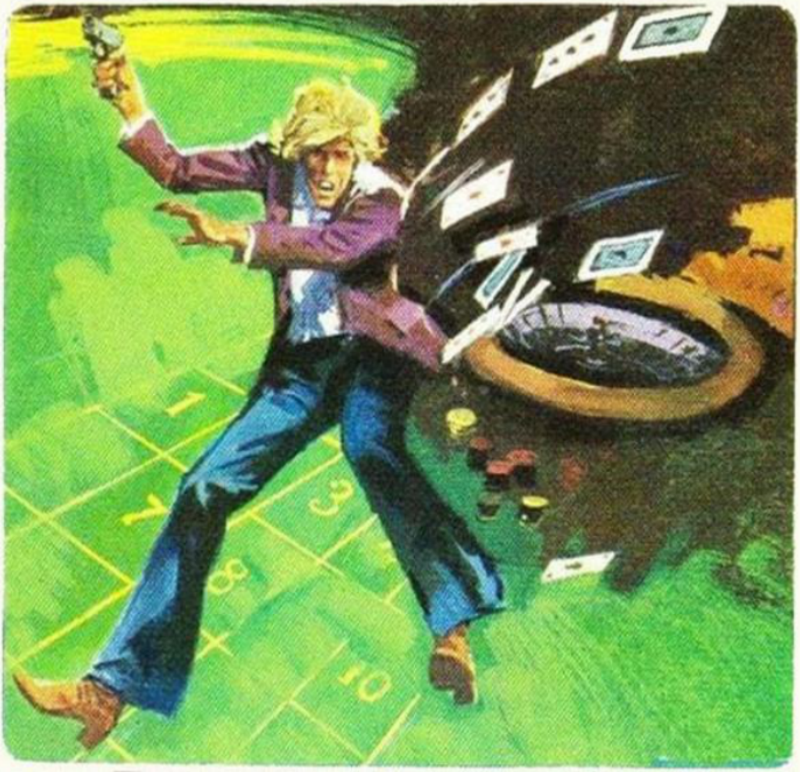
BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

LOU CARRIGAN

ASESINATO "ON THE ROCKS"



COLECCION
LA HUELLA

LOU CARRIGAN

ASESINATO ON THE ROCKS

Colección LA HUELLA n.° 95
Publicación quincenal
Aparece los lunes

LA HUELLA

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 27.406 - 1976
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: agosto, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

CAPÍTULO PRIMERO

ERA solamente un telegrama telefónico impuesto en Key Largo, y con la indicación de «máxima urgencia».

Y, a pesar de eso, Rufus Sebastian no se decidía a abrirlo. Sabía positivamente que no podía ser una orden de servicio inesperado procedente del capitán Donner, del Police Department: «Ven enseguida, tengo algo para ti. Isaac». No, no podía ser eso. A Donner le bastaba una llamada telefónica para tener a Rufus Sebastian en movimiento.

¡Qué tontería…! ¿Acaso el capitán Donner podía enviarle un telegrama desde Key Largo? Claro que no.

Entonces…, ¿a quién conocía él en Key Largo? Ni idea. Pero debía ser una persona que sí lo conocía muy bien a él, ya que el telegrama había sido enviado en primera instancia a su apartamento de soltero en Coral Gables. De allí, le había sido reexpedido a la quinta de Rae, en Nautilus Road, de acuerdo a las instrucciones pertinentes…

—Demonios, demonios, demonios…

Rufus Sebastian dio un par de vueltas más al telegrama, mientras se tocaba cuidadosamente la pequeña cicatriz de la frente. Estaba en el jardín de la quinta, junto a la piscina, bajo un grupito de palmeras, en *shorts*. Ah, se estaba realmente bien allí, ésa era la verdad…

Y, ya se sabe, los telegramas sólo traen complicaciones, por lo general.

Rufus Sebastian alzó sus asombrosos ojos color azul hacia el cielo.

—Que sea lo que Dios quiera —suspiró.

Y desplegó el telegrama.

Decía:

«Querido Rufus:

»Te invito a pasar el "Week-end" en mi villa de Key Largo. *Stop*. Por favor, te suplico aceptes invitación. *Stop*. Ocurre que necesito una persona de toda mi confianza para un asunto delicado. *Stop*. Esa persona eres tú. *Stop*. Por lo que más quieras, Rufus, ven a ayudarme. *Stop*. Besos de

»*Harriet*».

—Esto es lo que yo llamo un telegrama comprometedor… —sonrió Rufus Sebastian—. Me gustaría saber qué opina Rae de él… Sí, me gustaría saberlo.

Abandonó la cómoda silla extensible como si cada una de sus piernas pesase algo así como mil libras, y el flaco tórax no demasiado menos. Se metió el cigarrillo entre los labios como si fuese a comérselo, y el telegrama entre la cinturilla de los pantaloncillos y su seco estómago, liso y duro como un muro de roca.

La doncella lo vio venir hacia la terraza y lo esperó. Todavía tenía en las manos la bandeja en la cual había llevado el telegrama a Sebastian unos minutos antes.

—¿Hay respuesta, señor?

—No, Betty. Todo está bien, Gracias.

La muchacha fue a despedir al empleado de Telégrafos, mientras Sebastian emprendía cansinamente la ascensión a las habitaciones que Rae había montado para ellos en la quinta. Era terriblemente fatigoso subir aquellos veinticuatro escalones de mármol blanco.

Emmm… Sí: terriblemente fatigoso.

De espanto. El calor era de espanto.

Llegó al piso de la quinta, recorrió el amplio pasillo y se detuvo ante la puerta que daba a su serie de habitaciones. Sonrió, abrió la puerta y entró.

Todo estaba en penumbra. Las persianas estaban casi cerradas. Por entre las finas rendijas se adivinaba el tórrido sol, pero allá dentro se estaba casi a oscuras. Había cuatro tiestos junto a la salida a la gran terraza que adornaba con palmeras enanas. El saloncito era enorme. Luego, estaba el dormitorio. Y una gran cama, muy blanca, enorme…

Rufus Sebastian se acercó a la cama, miró a Rae y sonrió una vez

más.

Rae dormía desnudita, como una niña acalorada. A pesar de que llevaban ya tres semanas casados, Sebastian «todavía» la amaba. Era dulce y bonita como una fruta fresca. Veintidós años, maravillosa, cariñosa… La más bonita chica que había visto en toda su vida. Él era el tipo más feo del mundo, posiblemente, pero como las mujeres no son demasiado listas, eso no tenía importancia. No para Rae, al menos, según parecía.

Dormía con la boquita abierta, con una expresión de niña fatigada en su carita deliciosa.

Rae parpadeó, abrió los ojos, y se quedó mirando momentáneamente desconcertada a su marido. Y, de pronto, como siempre desde hacía tres semanas, sonrió.

—Rufus…

Sebastian le puso una mano en el cuerpo, le alzó una poco la cabeza, pasándole una mano bajo la nuca, y la besó profundamente en los labios.

—¿Cómo está mi pequeñita?

—¿Qué pasa, Rufus?

—Nada.

—¿Qué haces en *shorts*?

—Oh, yo… Bueno, tenía mucho calor aquí y me fui al jardín… Se está muy bien bajo las palmeras. Dime una cosa… Pero sé sincera: ¿no te has asustado al despertar y ver mi cara delante de la tuya?

Rae Sebastian, la flamante esposa, guiñó los ojos.

—¿Lo dices porque eres feo, Rufus?

—Claro.

Rae sonrió, acariciando la mano que Rufus tenía sobre su cuerpo. Era verdad: Rufus Sebastian era feo. Hombros delgados, cabellos cortos, cinco pies diez pulgadas, un hoyuelo en el mentón, muy tostado el rostro…, y aquellos pasmosos ojos azules, que destacaban extraordinariamente en el tostado rostro, de tono casi marrón. Era feo, de veras. Pero…

—No me he asustado, Rufus.

—Asombroso…

—¿Y tú? ¿Te asustas tú al despertar y verme a tu lado?

—Me asusto de mí mismo, amorcito. Y me pregunto: «Rufus:

¿cómo lo conseguiste?». ¿Conoces el cuento de la *Bella y la bestia*?

Rae Sebastian se echó a reír alegremente. Apartó la mano de su marido, en la cual se estaba apoyando éste, y Sebastian cayó sobre ella, perdido el… soporte. Y cayó de tal modo que su boca fue a dar justamente (¡qué casualidad!) sobre la de su esposa.

Un paso más y al cielo.

—Rufus, Rufus, Rufus…, ¡me dejaste sola en la cama!

—Hacía calor, dormías…

—¿Se está más fresco en el jardín?

—Demonios, claro que sí…

—Entonces, se me ocurre una cosa: instalaremos un *bungalow* de tres paredes allá, y será nuestro refugio secreto. Así no me abandonarás cuando estemos haciendo la siesta.

Sebastian besó uno de los encantos de su esposa.

—Se me ocurre algo mejor —musitó—: Tú y yo nos vamos a ir a pasar el fin de semana a Key Largo.

Rae lo miró con incredulidad.

—¿A Key Largo? ¡Qué horror! ¡Allí hace mucho más calor que aquí, amado mío!

—Bueno, si no quieres venir, iré yo solo. Será cosa de un día, solamente.

La deliciosa damita se quedó con la boca abierta.

—¿Es una broma, Rufus Sebastian? ¡No consentiré que me dejes sola aquí!

—Es que…

—¡Tienes libre este fin de semana, estamos esperando tus vacaciones anuales para hacer el viaje de bodas, y ahora me dices que te vas tú solo a Key Largo!

—Bueno, yo no he dicho eso…

—¡Lo has dicho!

—Sólo he dicho…

—¡Has dicho que quieres ir tú solo a ese horrible cayo!

—¿Quieres venir tú también?

—¡Naturalmente que iré contigo!

Rufus Sebastian suspiró.

—De acuerdo. Por lo tanto, vístete y vámonos.

—¡Cómo! ¿Ahora?

—Ahora mismo. Prepara una pequeña maleta con dos cosas para

cada uno, y yo iré a ver si la lancha está lista. Me llevo el coche, vendré a recogerte con él dentro de media hora, y lo dejaremos en el Shore *parking*, hasta nuestro regreso de Key Largo. ¿Está bien, muñequita?

—Me gustaría saber por qué… ¿Qué es eso?

—Un teleg…

Pero Rae se lo había quitado ya de la cintura, lo había desdoblado rápidamente y lo estaba leyendo. Acabó la lectura, miró a Sebastian, y de nuevo el telegrama, que leyó en voz alta con claro tono mordaz:

> «Querido Rufus:
>
> »Te invito a pasar el "week-end" en mi villa de Key Largo. *Stop*. Por favor, te suplico aceptes invitación. *Stop*. Ocurre que necesito una persona de toda mi confianza para un asunto delicado. *Stop*. Esa persona eres tú. *Stop*. Por lo que más quieras, Rufus, ven a ayudarme. *Stop*. "Besos de"… Harriet».

Sebastian carraspeó.

—Esto… Una amiga…

—¿Una amiga llamada Harriet?

—Sí.

—¿Qué clase de ayuda precisa?

—Pues no lo sé, mi amor. Pero, sea la que sea, estoy dispuesto a dársela.

—Sebastian: eres un granuja que a las tres semanas de casado ya empiezas a…

—¡Un momento! Si estás pensando algo raro de Harriet, te diré que ella está casada, y que es una de esas mujeres que jamás ofenderían en ningún sentido a su esposo. Y te diré otra cosa: voy a ir porque ella me lo pide por ti.

—¿Por mí?

—Exacto. ¿No lo has leído? Dice: «por lo que más quieras»… Y lo que más quiero eres tú.

Rae Sebastian se quedó mirando estupefacta a su marido. De pronto, lo besó, riendo.

—¡Te adoro, Rufus Sebastian!

—¿Vienes conmigo?

—¡Claro que sí! Aunque esa señora sea la representación mundial de la honestidad, y tú seas feo, yo soy tu esposa. Así que iré contigo.

—Magnífico —sonrió Sebastián—. Me estaba preguntando qué podía hacer yo un día sin ti, amorcito.

Rae se desperezó provocativamente en la cama.

—¿De verdad no sabes para qué te llama tu amiga Harriet?

—Ni idea.

—¿Dinero?

—No, no… Ni hablar de eso. Tiene más que yo. Y hasta es posible que más que tú. Yo diría…

—Tú dirías…

—Bueno, yo diría que ella, a quien realmente necesita es al agente del Police Department. Rufus Sebastian, no al amigo Rufus. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. Y ojalá sea así. Porque, si bien estoy dispuesta a compartir al policía Rufus Sebastian con la sociedad, no lo estoy a compartir mi marido con nadie… *¿Okay*, polizonte?

—*Okay*, dulce amada… —rió Sebastian—. Y ahora, vístete y prepara algo de ropa para los dos. Ah: mi pistola ponía también en la maleta.

—¡Esa horrible cosa!

—«Esa horrible cosa», como tú la llamas, ha salvado más de una docena de veces la vida de tu marido. Digamos que gracias a ella somos felices tú y yo ahora. Hasta luego.

La volvió a besar y salió del dormitorio. Reapareció tres segundos después con una extraña sonrisa en los labios.

—Se me ocurre que quizá sea mejor me vista para salir de casa…

Fue al armario y empezó a sacar sus ropas. Rae pasó por su lado, riendo, camino del cuarto de baño de mármol rosa y blanco, con plantitas y peces en el anexo de la pared. Sebastian tardó menos de cuatro minutos en estar vestido, tipo turista, con pantalones blancos y camisa rameada. A menos que él fuese tonto, Harriet no quería hacer de su llegada un acontecimiento; por tanto, en la villa de Key Largo se presentarla Rufus Sebastian, el millonario, no Rufus Sebastian el agente del Police Department.

Se asomó al cuarto de baño.

—No tardes demasiado, sirena. Y no olvides mi pistola.

La respuesta fue una palmetada de agua que le mojó la camisa. Riendo, Sebastian abandonó definitivamente sus habitaciones.

Rae salió del cuarto de baño cinco minutos después, fresca y pimpante como una rosa recién cortada. Cogió una pequeña maleta del armario empotrado que cubría todo un larguísimo paño de pared, y metió dentro dos camisas de Rufus, unos pantalones, unos pañuelos, unos calcetines… y la pistola, metida en la funda axilar. Luego, en la misma maleta echó un par de sujetadores, tres blusitas, tres jerseys de verano, tres *shorts*, unos pantalones largos… y tuvo que sacar algo para poder cerrar la pequeña maleta. Se vistió con lo que había dejado fuera, tomó la maleta y salió también del dormitorio.

Debía haber pasado ya la media hora, porque todavía estaba en el pasillo cuando oyó el claxon del coche. Rufus siempre sería el mismo: policía antes que nada. Amaba a su esposa con toda su alma, y Rae lo sabía; pero en cuanto se olía algún asunto policial…

Bien: ¿qué tenía que ver una cosa con otra? A los hombres sólo hay que comprenderlos… Y ella comprendía a Rufus.

Quien, en efecto, estaba ya esperándola con el coche.

Rae tiró la maleta en el asiento de atrás del descapotable y se sentó delante, junto a su marido.

—La lancha está lista, amor.

—Pues adelante, agente Sebastian.

CAPÍTULO II

HABÍAN navegado por Biscayne Bay hasta llegar a la punta Norte de Key Largo. Entonces, Sebastian había conducido su lancha hacia Old Rhodes Channel, para pasar al otro lado del cayo, donde daba la villa de su amiga Harriet, en la playa directamente. Lo más fácil de ver, ya desde lejos, era el blanco embarcadero de la playa privada de Harriet.

—Hace tiempo que Harriet y yo no nos vemos —explicaba Rufus—. Pero siempre fuimos buenos amigos, y, realmente, hay un gran cariño entre nosotros.

Hablaba en serio, de modo que Rae no se fingió celosa, sino que atendió también seriamente la conversación.

—¿Crees que estará de verdad en un grave apuro? A veces, las mujeres exageramos un poco, Rufus.

—Ya sé eso. Pero me disgustaría que Harriet lo pasase mal por no haberle prestado mi ayuda. Si es una tontería, se soluciona en un momento y ya está.

—¿Cómo es su marido?

—Un gran tipo. Alto, elegante, deportista. Es un hombre asombrosamente agradable y educado. Creo que tiene treinta y cuatro años… Un tipo formidable.

—¿Se casó con ella por dinero?

—¡No! —rió Sebastian—. En primer lugar, porque Alexander Somervell tenía ya tanto dinero como Harriet, o más. En segundo lugar, porque Harriet no necesita tener dinero para enamorar a un hombre. Y en tercer lugar, porque fue un flechazo que resonó lo suyo.

Uno de esos amores poco frecuentes que parecen destinados a durar toda la vida.

—¿Como el nuestro?

Sebastian sonrió. El olor a mar, a viento yodado, parecía

ensanchar su pecho. Lucía todavía el sol, el mar estaba azul y la vida, indudablemente, era bella.

—Un poco menos que el nuestro —dijo.

—Es verdad —suspiró Rae—: ¡nadie puede amarse como nosotros!

Rufus la miró, y los dos se echaron a reír. Rae se abrazó a él y le besó la pequeña cicatriz de la barbilla; de las tres que Rufus Sebastian tenía en la cara aquélla era la más cercana a sus labios.

—Cuéntame más cosas de Harriet… ¿Estuvisteis enamorados alguna vez?

—No.

—¡Oh, ella es tonta…! Me apuesto a que Alex Somervell no es tan atractivo como tú.

—Será mejor que no apuestes mucho —rió Sebastian—, o nos arruinaríamos… ¡Allá está el embarcadero!

—¿Has estado muchas veces aquí, en la villa?

—Bastantes. Pero la verdad es que ni siquiera me acordaba ya de Harriet. En los últimos meses he estado muy ocupado. Y todavía más ocupado en las tres últimas semanas…

—Tonto.

—Hermosa.

Todavía estaban como a doscientas yardas del embarcadero cuando vieron aparecer en él a una persona. Una mujer. Llevaba *shorts* blancos y una blusita roja. Cuando estuvieron más cerca, vieron el brillo dorado de sus esbeltas piernas.

—Ahí tienes a Harriet —musitó Sebastian—. Y podemos jurar que me estaba esperando. Oh, demonios, no le avisé que nos casábamos…

La mujer del embarcadero estaba ya saludándoles, con un brazo en alto. Ya parados los motores de la lancha, pudieron oír su voz, alegre y expresando alivio al mismo tiempo.

—¡Rufus, bien venido…!

El agente del P. D. atracó en el pequeño muelle, y se ocupó en primer lugar en tirar la cuerda a la mujer, que la ató rápida y hábilmente a uno de los postes y saltó a la lancha, echándose en brazos del policía, y besándole alegremente en ambas mejillas.

—¡Querido Rufus, qué alegría verte…!

Sebastian tomó la barbilla de la mujer y la movió para besarla

con comodidad y mesura en ambas mejillas. Luego, sonriendo un tanto irónicamente señaló a Rae.

—Te presento a la señora Sebastian, Harriet.

—¡Oh, encant…! ¿La señora Sebastian?

—Esto… Pues, sí…

—¡No es posible! ¡Pero si ella debe ser la chica más linda del mundo!

—No «debe ser»: ES. Rae: por fin conoces a Harriet.

Harriet fue la primera en iniciar el besuqueo. Luego, se quedó mirando a Rae, con una sonrisa que a la muchacha se le antojó cariñosa.

—La señora Sebastian… —murmuró Harriet Somervell—. Oh, esto es maravilloso, querida… ¿Lo quieres mucho?

—Por lo feo que soy, me quiere demasiado —rió Sebastian—. ¿Qué tal si abandonamos la nave y ponemos pie en tierra, Harriet?

Sebastian subió el primero al embarcadero, y luego ayudó a las dos mujeres. Rae quedó a su lado, abrazada a él, pasándole un brazo por la cintura, y mirando atentamente a Harriet Somervell.

Debía tener veintiséis o veintiocho años, rubia, ojos claros, entre azul y gris, boca alargada, suave, de rictus dulce. Era más bien alta, esbelta, elegante. Realmente, Harriet no era de la clase de mujeres que necesitan dinero para enamorar a un hombre.

—Rufus: eres un sinvergüenza —dijo Harriet.

—Oh, yo… Bueno… Esto… Bueno, es que nos casamos como sin darle importancia a la cosa, Harriet. Nos fuimos solitos, nos casamos, y ya está.

—Por lo menos, espero que Rae sepa hacerte feliz.

—Lo está consiguiendo de lleno —sonrió Sebastian.

—¿Y él a ti? —preguntó Harriet a Rae—. ¡Oh, estoy segura de que sí, es un hombre estupendo…!

—Lo es… —admitió Rae, que empezaba a sentir una gran simpatía hacia Harriet—. Pero estuvo a punto de dejarme sola para venir a ayudarte.

Harriet Somervell se mordió los labios y, en un instante, su alegría pareció esfumarse, cosa que, por supuesto, fue notada por los Sebastian.

—Lo siento… —musitó al fin Harriet—. Pero como no sabía…

—No te preocupes. Ya estamos aquí, y Rufus te resolverá el

pequeño problema.

—¿Pequeño? Estoy angustiada… ¡Y creí que no ibas a venir, Rufus!

—Me enviaste el telegrama a Coral Gables, Harriet. Y yo estoy viviendo ahora en el cuatrocientos cuarenta y cuatro de Nautilus Road, en la quinta de Rae… Tuvieron que reexpedírmelo allí… ¿No llego a tiempo de ayudarte?

—Espero… espero que sí, Rufus…

—Bien: ¿de qué se trata?

—Yo… Será mejor que vayamos a la casa ahora…

—Creí… Vaya, me pareció que no querías dar a conocer mi…

—Oh, estoy sola… Alex y Lucian se fueron a pescar, y los demás están en Key Largo, con los coches. Yo me he quedado para esperarte, Rufus.

—Entiendo… Bueno, vamos a la, casa. Oh, un momento…

Saltó a la lancha, recogió la pequeña maleta y regresó al embarcadero. Pasó una mano por un hombro de Rae y los tres se encaminaron a la villa. Estaba como a ochenta yardas de la playa, y relucía blanca y limpia al sol. Era grande, con un piso encima de la planta, todo él circundado por una amplia terraza en la cual se veían grandes plantas y palmeras enanas. Persianas verdes, brillo de cristales, colorido de flores estallando junto al blanco cegador… A la derecha, un núcleo bastante espeso de palmeras, y algunos parasoles, que, sin duda, rodeaban la piscina. Y algo más allá le ésta, un par de pequeños *bungalows* de amplios porches y situados bajo más palmeras.

Sebastian suspiró.

—Debió ocurrírseme antes venir aquí con Rae.

—Oh, podéis quedaros todo el tiempo que queráis, Rufus… El lunes nos iremos todos de aquí, de modo que si quieres quedarte, podéis hacerlo.

—El lunes Rufus Sebastian, agente especial, tiene que estar a las nueve en punto de la mañana en el Police Department, de Miami. Y no me digas que deje de pertenecer al P. D., Harriet.

—No, no… Ya sé que es perder el tiempo… ¿Cómo lo aceptas tú, Rae?

—No lo acepto —rió la muchacha—, solamente lo soporto. Pero como sé que es un policía genial, creo que debe continuar en el

P. D.

—¿No es admirable? —musitó Sebastian, con una sonrisa en su bocaza.

—Si ella te comprende, todo os irá bien…

Sebastian la miró de reojo.

—¿Te ocurre algo con Alex, Harriet?

—¡No! Por Dios, no… No podríamos ser más felices él y yo, Rufus.

—Entonces, todo se arreglará, no te preocupes… Supongo que la servidumbre sí está en la casa.

—Claro… Tomaremos algo y te explicaré la cosa horrible que me está pasando…

Esperaron a que la doncella se retirase. Rufus y Rae estaban sentados en el sofá del *living-terrace*, y Harriet, muy cerca de ellos, en un sillón. Entre ambos muebles, una mesita con bebidas y un recipiente de plata con cubos de hielo. Con aquel calor, era muy agradable tomar lo que fuese *on the rocks.*

Rufus bebió un sorbito de su *whisky* con soda, mirando atentamente a Harriet Somervell.

Y todavía estaba bebiendo, cuando ella le tendió el sobre.

—Míralas, Rufus.

—¿Qué es?

—Fotografías.

Sebastian dejó el vaso, tomó el sobre y se echó para atrás en el sofá, sacando las fotografías del sobre Rae estaba también mirándolas, muy pegadita a él…

Y los dos se enderezaron bruscamente tan sólo a ver la primera. Rae había enrojecido, y Rufus se quedó mirando, más bien pálido, a Harriet Somervell.

—¡Pero…! ¿Qué significa esto, Harriet?

—Quiero…, quiero que mires también las otras, Rufus…

—Por Dios Harriet…

—Por favor, Rufus.

Sebastian miró de reojo a su esposa, que miraba con expresión incrédula a Harriet.

—Bien… Eee… Las miraremos, claro…

Todas las fotos eran de Harriet Somervell, y estaban tomadas en dos lugares diferentes, pero iguales en esencia: dos moteles, dos

interiores de cabañas de motel. Harriet Somervell aparecía en diversos lugares del dormitorio, de pie, sentada en la cama, en un sillón de mimbres, en unos almohadones… En primer lugar resultaba un poco sorprendente saber que Harriet había estado en esos lugares. En segundo lugar, lo más sorprendente, era que, en todas las fotos, Harriet aparecía desnuda o poco menos.

—Harriet, perdona… Creo que no entiendo…

—Recibí esas fotos hace un par de días, en mi casa de Miami Beach, Rufus. Iban dirigidas a mí de un modo estrictamente personal. Y no llegaron por correo o por una casa de mensajes. Alguien echó el sobre en el buzón, eso es todo.

—Ya… Pero sigo sin entender.

—Lee esto, ahora.

Sebastian tomó el papel que le tendía su amiga. Era un folio entero, y en él se habían pegado letras de periódico, formando el siguiente mensaje:

> «Si no quiere que su marido y otras personas reciban unas copias iguales que éstas, reúna medio millón de dólares antes de una semana. Recibirá instrucciones entonces».

Rufus Sebastian se quedó mirando la nota con el ceño fruncido.

—Un vulgar chantaje —masculló.

—Sí, pero…

—Quieren medio millón de dólares. Te llamarán, te dirán dónde lo tienes que dejar, y te prometerán que a cambio de él te devolverán los negativos. Seguramente lo harán. Pero se quedarán tal cantidad de copias que te harán la vida imposible con ese chantaje, Harriet. ¿Has pensado pagar?

—No lo sé… ¡No lo sé!

—¿Me has llamado para consultarme sobre ello?

—Te he llamado para que me ayudes, Rufus…

—Está bien, Harriet. Pero yo quiero saber si tú *estás* dispuesta a pagar o no.

—Yo… yo haré lo que tú digas, Rufus…

—Por supuesto, estas fotos no las tomó Alex: es incapaz de hacer semejante cosa, y menos con su esposa. Entonces, Harriet, me pregunto: ¿con quién estabas cuando te tomaron estas fotografías, y

en qué motel?

Harriet Somervell palideció intensamente.

—¡Rufus! —gimió.

Sebastian se mordió los labios. Estuvo unos segundos mirando fijamente a Harriet, y, por fin, se volvió hacia Rae y pidió:

—¿Quieres darme mi bolsita de aseo, Rae? Supongo que la pusiste en la maleta.

—Sí... Sí, claro...

La muchacha estaba verdaderamente aturdida. Se levantó, fue adonde había dejado Sebastian la maleta, la abrió y regresó con la bolsa de aseo. El policía corrió la cremallera, sacó la afeitadora, el peine, el tubo de pasta dentífrica... Por fin, un pequeño estuche de cuero, cerrado a presión con un corchete. Lo despego, hizo girar la lupa hasta que estuvo fuera del estuche, la colocó sobre una de las fotografías. Invirtió no menos de cinco minutos en examinarlas todas, bajo la silenciosa expectación de las dos mujeres.

Por fin, metió la lupa en su estuche, éste en la bolsa, y la devolvió a Rae, que fue a colocarla en la maleta. Cuando la muchacha se volvía hacia su marido, Sebastian estaba guardando las fotografías en el sobre.

—Me las voy a quedar, Harriet —dijo.

—Lo que tú digas, Rufus. ¿Te has dado cuenta...?

—Te diré una cosa: es posible que en los Laboratorios del P. D. puedan conseguirlo, pero yo no lo he conseguido. Parecen auténticas.

—¡Tú no puedes creer eso de mí! —exclamó Harriet.

—No he dicho que lo crea, Harriet. Tan sólo que con una simple lupa no es posible descubrir la trampa fotográfica. Por supuesto, tú quieres decirme que estas fotos son trucadas, y que tú jamás has estado ante nadie en una situación tan comprometida.

—¡Por Dios...! ¡Claro que no! Escucha, Rufus: si pongamos que yo no fuese una mujer honrada, que hubiese engañado a Alex... ¿Me consideras la clase de mujer que permite que le tomen ese tipo de fotografías?

—No. Ni creo que hayas engañado jamás a Alex.

—¡Jamás lo haría!

—Sin embargo, aquí están tus fotos... Eres tú: ti cara, tu sonrisa... Harriet: eres tú. Se entiende que es tu rostro, de eso no

puede haber duda. Pero, claro, e cuerpo puede ser un truco fotográfico.

—¡Lo es! ¡Rufus, por favor, jamás he estado en ese lugar, ni me he dejado fotografiar así…! ¡El único que podría haberlo conseguido, claro está, es mi marido! Y jamás he estado con él en esa habitación… ¡Ni Alex sería capaz de tomar esas fotos! Tú le conoces, Rufus…

—Os conozco a los dos. Está bien, cálmate, yo arrebaté esto. Tenemos una semana por delante. En… No, no es una semana… Son cinco días solamente, ahora. No importa: en cinco días, en la Delegación podemos negar a saber incluso el número de cabellos de tu fotógrafo… Supongo que Alex no sabe nada de esto.

—No me he atrevido…

—Deberías confiar en él, Harriet.

—Yo… yo estoy… muy asustada, Rufus.

—Naturalmente. Pero piensa que si tú le enseñas las fotografías a tu marido, ya no importará que se las envíe el chantajista.

—¡Pero si lo que menos me preocupa es que las vea Alex!

—¿Qué dices? —farfulló Sebastian.

—Rufus: ¿no lo entiendes? Si yo le enseño estas fotos a Alex, y le digo que es mentira todo, él va a creerme a mí, no a las fotografías. Él no me preocupa, de verdad, Rufus… Pero si lees bien la nota te darás cuenta de que el chantajista dice que enviará copias a mi marido y a otras personas… ¡Sería horrible!

—Desde luego, no sería nada agradable para vosotros saber que vuestros amigos disponían de fotos como éstas.

—Yo… yo no podría vivir de… de vergüenza, Rufus… Aunque sé que no soy yo, ellos… ellos…

—Te comprendo.

—Además, está ese negocio…

—¿Cuál negocio?

—Tú ya conoces a Alex. A su manera, y en sus asuntos, es como tú en el Departamento. Le gusta hacer bien las cosas, pelear, salir adelante… No por dinero, pues tenemos de sobra… Alex gusta de la pelea, de su trabajo… Hay un contrato pendiente para dentro de una semana, con un hombre llamado Humphrey Harriman.

—¿Es un contrato importante?

—Alex dice que conseguir ese contrato puede significar la

ganancia de casi un millón de dólares. Pero no es eso lo que le importa. Es la pelea con Elwood Byrnes, su rival en esa clase de negocios…

Sebastian sonrió levemente.

—Creo haber oído alguna vez a Alex ufanarse de haberle ganado la partida a Elwood Byrnes. Y, sin embargo, a pesar de la rivalidad que existe entre Byrnes y tu marido, tengo entendido que son amigos.

—¡Son excelentes amigos! Se lo toman como… como una competición deportiva. Ahora hay un asunto de envergadura, con Humphrey Harriman… Pues fíjate lo que han decidido: se han traído a ese Harriman aquí, a la villa, a pasar el fin de semana…

—Elwood Byrnes… ¿también está aquí?

—¿No te digo que se lo toman como una competición deportiva? Alex se ha traído a la villa a Elwood y a Harriman. Dice que una pelea ganada con ventaja no proporciona ninguna satisfacción. Quiere concederle a Elwood las mismas ventajas.

—Entiendo… Hay un contrato pendiente de firmar para dentro de una semana. Ese contrato lo tiene que conceder Humphrey Harriman, el cual elegirá entre tu marido y Elwood Byrnes, el rival… deportivo. ¿Correcto?

—Sí. Estarán aquí los tres este fin de semana, tratando sobre el asunto. El lunes, Humphrey Harriman regresa a Miami. Y el próximo viernes, tiene que decidir a quién concede el contrato: a Elwood o a Alex.

—Ya. Pero antes del viernes tú has de pagar medio millón de dólares si no quieres que el chantajista empiece a enviar fotos tuyas a todo el mundo.

—Sí… ¡Es horrible, Rufus! Y… y tendrías que conocer a ese Harriman: es el hombre más seco de carácter y puritano, e intransigente que he conocido jamás.

—Con lo cual, si viese esas fotos tuyas, era seguro que Alex no conseguiría el contrato, pues Harriman, el puritano, no querría tratos con un hombre cuya esposa…

—Eso… eso es, Rufus.

Sebastian quedó pensativo unos segundos.

—¿No me has dicho antes que Alex estaba pescando con Lucian?

—Sí.

—Entonces, ¿dónde están Harriman y Elwood Byrnes?

—Te lo he dicho ya: se fueron a Key Largo en los coches, con los demás.

—¿Quiénes son los demás?

—Oh, pues… Verás, estamos aquí: Alex y yo; Elwood Byrnes y Kate, su esposa; Lucian, el secretario de Alex, que está pescando con él ahora; Clay y Elsie Morgan…

—¿Clay Morgan está aquí, Harriet?

La mujer enrojeció levemente.

—Sí… Con su hermana…

—Pero… ¿qué hace Clay Morgan aquí? ¿Todavía no le ha dejado en paz?

—Oh, sí… Bueno… Alguna vez me galantea, pero no resulta demasiado… desagradable. Entiéndeme, Rufus…

—Creo que te entiendo… Quieres decirme que su comportamiento es el de una persona… discreta, y que el hecho de que continúe o no continúe enamorado de ti no tiene nada que ver con ese comportamiento.

—Eso es. Alguna vez me mira, dice algo… Nada que pueda ser considerado importante, créeme.

—Bien. ¿Quién más hay en la villa?

—Los Harriman: Humphrey y su esposa Bertha.

—Es decir, que este *week-end* estaremos reunidos aquí: Alex, tú, Lucian el secretario de Alex, Elwood Byrnes y su esposa Kate, Humphrey Harriman y su esposa Bertha, Clay y Elsie Morgan, Rae y yo… y la servidumbre.

—Sí. ¿Tiene… tiene eso importancia?

—No lo sé. Supongo que no. Pero me pregunto si yo habría invitado a Elwood Byrnes, en el lugar de tu marido.

—Oh, ya te he dicho que se lo toman como un deporte. El que consiga el contrato, estará más contento por el éxito en sí que por el dinero a ganar.

—Es decir, que a Byrnes las cosas le van tan bien como a vosotros.

—Claro… —Harriet parpadeó—. ¿Qué estás pensando, Rufus?

—Nada especial… Supongo que todos los reunidos aquí, en tu villa, esta semana, somos personas a la que el dinero no nos preocupa en absoluto, ya que tenemos de sobra.

—Desde luego… Para ninguno de nosotros podría significar demasiado un millón más o menos. Oh, claro excepto Lucian…

—¿El secretario de tu marido? Es cierto: para Lucian Davis, medio millón de dólares sería la fortuna soñada.

—Oh, Rufus, no puedes pensar que Lucian…

—Claro que no. Conozco al muchacho, también… Bueno, supongo que habrá que trabajar de firme fuere del cayo, Harriet. Pero no esta misma tarde, por favor. ¿Qué tal si nos aposentas a Rae y a mí?

—En seguida. Ordenaré que os preparen la habitación de…

Sebastian estaba moviendo un dedo negativamente.

—Nada de eso. Quiero libertad de acción por aquí nunca se sabe lo que precise hacer en determinado momento, Harriet. Y para darte una pista, te diré que me encantan esos dos lindos *bungalows* que hay cerca de la casa. Rae y yo nos conformaremos con uno.

Harriet sonrió.

—De acuerdo. Diré que sois recién casados, que queréis un nidito para vosotros solos, muy aislado…, y tendréis que soportar las bromas de todos.

—Nos encanta el buen humor —sonrió Sebastian—. Supongo que el *bungalow* estará bien acondicionados.

—¡Qué preguntas tienes! —rió Harriet; pero se quedó bruscamente seria, mirando con fijeza a su feo amigo—. Rufus, ¿verdad que vas a poder ayudarme?

Sebastian se inclinó hacia delante, y palmeó una rodilla a la mujer.

—Rufus Sebastian arreglará tu problema —sonrió—: prometido. Y ahora, si no te importa. Rae y yo nos iremos a refrescar bajo la ducha del encantador *bungalow*. ¿Funciona?

—Funciona todo… Y gracias, Rufus.

Sebastian se puso en pie, enlazó por la cintura a su esposa, recogió la maleta, guiñó un ojo a Harriet Somervell y salió de la casa por la terraza, hacia el bonito *bungalow* que sería su «nidito» por dos días.

CAPÍTULO III

RAE salió de la ducha en bikini.

—Debimos traernos más cosas, Rufus.

—Tienes razón. Pero no sabía que la cosa podía tener tanta importancia. Le pediremos a Harriet algunas prendas para estos dos días… O, mejor aún, me llegaré yo en la lancha a buscarlas. Y ya que estaré en Miami, «quizá» le lleve estas fotos al capitón Donner.

—¿No podrías examinarlas tú mismo? Será muy molesto para Harriet saber que esas fotografías van de un lado a otro del Departamento, ¿no crees?

Sebastian, que se había metido en la ducha, asomó la cabeza, chorreante.

—Harriet dice que esas fotos no son suyas: ¿por qué ha de sentirse molesta entonces? Y si lo son, ¿por qué demonios permitía que se las hiciesen?

—¿No eres demasiado duro, Rufus? Ella es tu amiga.

—Por eso voy a ayudarla.

—De todos modos, aunque las fotos sean trucadas, como todos creemos, imagínate que me lo hubiesen hecho a mí, y que esas fotos recorriesen todo el P. D. ¿Te gustaría eso a ti, aunque las fotos fuesen falsas, trucadas?

Sebastian masculló algo que Rae no pudo entender. Riendo, la muchacha fue a vestirse. Se puso los pantalones largos y un jersey. Cuando Sebastian salió de la ducha. Rae acababa de tumbarse en un silloncito, junto a la ventana lateral, cuya persiana estaba calda y casi completamente cerrada. Quedaba muy poco sol, y se estaba fresquito allí.

—Una cosa realmente fácil es obtener fotografías de cualquier persona… —musitó Sebastian, como si la conversación no se hubiese interrumpido—. ¿Quieres fumar?

—Bueno. ¿Por qué dices eso de las fotos?

Sebastian fue a la mesita de bambú, tomó el paquete de cigarrillos y el encendedor, y fue hacia su esposa. Le dio un cigarrillo, se lo encendió y regresó junto a la mesita después de abrir un poco las persianas.

Encendió él un cigarrillo y dijo:

—¿Ves? Ya está.

Rae lo miró sonriente.

—¿Qué es lo que está?

—Una foto tuya. Acabo de tomarla con la cámara del encendedor. Nada más fácil ahora que trucarla: estás en una cabaña, y si la fotografía fuese bien arreglada, pues, ¡hala!, a chantajearte.

La damita parpadeó.

—¿Me has tomado una foto, Rufus?

—Así es.

—Pero…, pero yo soy tu esposa. Estoy aquí contigo, y tú podrías reconocer el lugar y mi postura cuando vieses la foto ya trucada. En cambio, tu amiga Harriet dice que jamás ha estado en esas dos habitaciones del motel que se ven en las fotos.

—Maldita sea, ya sé eso… Hay otro método, que seguramente es el que han utilizado: toman unas fotografías de Harriet, igual que he hecho yo contigo, y luego recortan su cabeza y se la ponen a una muchacha que «sí» haya estado en aquella cabaña, en aquellas situaciones y con aquellas… ropas. Es lo más fácil del mundo.

—¿Cualquiera ha podido tomar fotos de Harriet?

—Por supuesto. ¿Tú no has visto esas fotos de amigos que al fondo, o al lado, se ve a un señor rascándose la barriga o cosas parecidas?

—¡Claro! —rió la damita.

—Tú les preguntas a tus amigos: «Y éste…, ¿quién es?». «Ah, no sé», te contestan. Y el pobre señor que se estaba rascando tan a gusto la barriga jamás sabrá que su tan poco decorosa postura la tiene en fotografía otro señor de Miami o de otra parte del mundo.

—¡Qué divertido! ¿Crees que alguien me tendrá al mi rascándome la barriga?

—¿Quién sabe? —sonrió Sebastian—. Por otra parte y volviendo a lo de Harriet, cualquiera puede tomarle unas buenas fotos con una cámara como la que tengo yo en el encendedor. Hasta es posible

que Harriet es tupiese en *maillot* o en bikini. Entonces, aún resulta más fácil todo: se corta su foto a la altura de los hombros, o de los sobacos, y se empalma con otra…

—Y a ganar medio millón de dólares.

—Más.

—¿Más? Pero sólo le han pedido medio millón, Rufus.

—De momento… ¿Quieres tomar algo?

—Bueno.

Sebastian, ya vestido, fue hacia el mueble-bar, sacó dos vasos y una botella de *whisky* y sirvió dos tragos. Miró a su alrededor, vio el refrigerador y guardó la botella. Luego, con los dos vasos en las manos y un cigarrillo en los labios, fue hacia el refrigerador, dejó los vasos sobre éste, cuyo nivel casi sobrepasaba su cabeza, y preguntó:

—Tú también quieres hielo, ¿verdad?

—Claro.

Sebastian abrió el refrigerador.

Palideció, se le cayó el cigarrillo y volvió a cerrar el refrigerador.

—¿No hay hielo? —preguntó Rae.

—¿Eh? Oh, sí, sí…

—¿Qué te pasa?

—Absolutamente nada.

—Bueno, ¿traes los *rocks* o no?

—En seguida.

Recogió el cigarrillo del suelo, volvió a ponérselo en los labios y abrió el refrigerador otra vez.

Era cierto.

Había visto allá un cadáver.

Y todavía estaba allí, seguro. La muchacha estaba bien metidita en el refrigerador. Los estantes de éste habían sido quitados y colocados todos, sueltos, en el fondo. Sobre ellos, ocupando casi la totalidad del hueco, estaba ella. En bikini. Y no cabía pensar que buscaba estar fresquita, porque ya lo estaba bastante en bikini. Además, tenía un feo agujero sobre el seno izquierdo; la sangre estaba congelada, o seca, el demonio debía saberlo… Había quedado sentada, con las rodillas dobladas bajo el cuerpo, la cabeza un poco echada hacia atrás, resaltando la garganta. Estaba muy

blanca, abiertos los ojos, vidriados. A su lado se veía la bandeja de los cubitos de hielo. Y los cubitos de hielo se habían desparramado por el fondo del refrigerador, excepto cinco o seis, que estaban detenidos sobre los senos de la muchacha, pegados unos a otros, sujetos por el corpiño del bikini, y un tanto reducidos, ya que no estaban en el congelador.

Sebastian abrió éste y vio allá otra bandeja con todos sus *rocks.*

—¿Uno o dos? —preguntó, después de tragar saliva.

—Rufus, quiero tres, como siempre… ¿Qué te pasa?

—Ah, tres…

Sacó la bandeja, asegurándose de que la puerta tapaba el interior del refrigerador con respecto a la línea visual de su esposa. De lo contrario, Rae habría visto el cadáver, puesto que, naturalmente, al estar abierta la gruesa puerta, la luz se encendía en el interior.

Cerró la puerta y se dedicó a romper los *rocks* del molde. Echó tres en el vaso de su esposa y tres más en el suyo, del cual se había apresurado a beber un trago.

Abrió de nuevo el refrigerador, colocó la bandeja en su sitio, cerró y se volvió, con un vaso en cadi mano.

Pues sí, señor: un cadáver.

—¿Te pasa algo, Rufus?

—¿Qué ha de… de pasarme?

—¿Te sientes bien?

—Como un tigre.

Y se lió a cantar:

> «Tiene Susana
> la cara de manzana,
> las patas de madera…
> ¡Hía, hía, hooo…!».

Tragó saliva de nuevo, entregó su vaso a Rae y se dejó caer en un sillón.

—¿De veras no te pasa nada? Te has puesto a cantar como un tonto… ¿Y qué canción era ésa?

—Pues no lo sé… La oí en una película, hace años… Creo que la cantaba Gary Cooper. ¿Tú no la viste?

La damita se quedó mirando a su esposo como si estuviese dudando de sus facultades mentales. Por fin suspiró y dijo:

—No, Rufus: no la vi.

—Vaya… Oh, parece que oigo llegar unos coches.

—Sí, es cierto.

—Bien, ¿qué tal si vas a saludar a nuestros compañeros de *week-end*?

—De acuerdo: vamos.

—No, no… Tú sola, amor.

—¿Yo sola? ¿Es una broma, Rufus?

Sebastian se resignó.

—Claro, era una broma… Vamos a terminar tranquilamente… Sí, «tranquilamente», este *whisky on the rocks* y nos acercamos a la casa a saludar a nuestros… a nuestros vecinos de *week-end* apacible y soleado.

—¿Estás seguro de que no te ocurre nada especial, Rufus?

—Mi amor: todo lo especial que ocurre en mi vida es que te amo…, y que tú me amas. ¡Demonios, eso es!

Rae se levantó, se acercó a Sebastian y le dio un beso en los labios de esos que Bob Hope, en las películas, le ocasionarían carreras en los calcetines.

—¿Vamos a la casa, Rufus?

—Demonios… ¿Y si en lugar de ir allá, tú y yo…? ¿Eh? ¿No, verdad?

—Ahora, no —rió la damita—. Pero si te portas bien, más tarde, ¿quién sabe?

—Eso: ¿quién sabe lo que puede ocurrir más tarde?

Sebastian se puso en pie y abrazó a su esposa por la delgadísima cintura. Se sentía satisfecho de sí mismo. Claro que sólo llevaban tres semanas de casados, pero aun así, el tipo que le aguanta el secreto a su esposa es algo digno de ser colocado en un museo de figuras de cera. Y, realmente, ¿por qué darle a Rae la «grata» sorpresa de enseñarle el cadáver de una chica linda que tenía en el refrigerador?

«Tiene Susana
la cara de manzana,
las patas de madera…

¡Hía, hía, hooo…!».

Rae Sebastian se quedó como clavada en el porche, mirando de reojo, más bien torvamente, a su marido.

—Rufus Sebastian —refunfuñó—: ¿qué es lo que me estás ocultando, si puede saberse?

—Tonterías —sonrió Sebastian—, es solamente que tenemos un cadáver en el refrigerador.

—¿De veras? —Rae lo besó en la segunda cicatriz—. Bueno, pues a la noche me lo sirves con unos *rocks.*

—Buena idea… ¡Estupenda idea! Y muy acertada, mi amor… Asesinato *on the rocks*. ¿Sabes que has estado genial?

—Policía Sebastian, ¿hay alguna posibilidad humana de que su esposa consiga hacerle olvidar por unas horas que usted es un cochino policía?

—Inténtalo. Oh, voy a buscar los cigarrillos y el encendedor.

—Todos tendrán cigarrillos para ofrecerte.

—Ah, muy cierto, pequeña flor… Pero… ¿qué tal si el policía Sebastian tuviese necesidad de tomar algunas fotos de esa gente, cualquiera de los cuales podría ser un chantajista?

—Bendito sea Dios… Ve a buscar lo que quieras. Te espero aquí.

—*Okay.*

Rufus Sebastian entró a toda prisa en el *bungalow*. Todavía estaba sonriendo cuando abrió de nuevo el refrigerador. Pero la sonrisa quedó en sus labios no menos helada que los *rocks* sobre el busto de la muchacha muerta.

Fue algo digno de ser visto. En menos de dos minutos, Rufus Sebastian hizo lo siguiente: tomó seis fotografías del lindo cadáver, con el encendedor; pasó un dedo por el seno sangriento; le puso la mano en la carótida a la muchacha liquidada; contempló pensativamente los *rocks* caídos en el fondo de la nevera; limpió su vaso y el de su esposa en el cuarto de baño; dejó el mueble-bar como si nadie lo hubiese tocado en varias semanas; tiró al inodoro las colillas de sus cigarrillos; imprimió las huellas de ambas manos de la chica del refrigerador en un vaso; envolvió el vaso y lo escondió entre las hojas de una de las plantas; llenó de agua la cubeta de los *rocks* y puso el refrigerador a toda marcha; salió por la puertecilla trasera y tomó cuatro fotografías del terreno arenoso;

anotó la hora del momento y en la que, según sus cálculos, había sido muerta la muchacha del bikini; encendió un cigarrillo.

Y salió al porche en el momento en que Rae llamaba:

—¡Rufus! ¿Es que…? —Ella lo vio salir, entonces—. ¿Es que el encendedor se había escondido?

—No, no… Sólo que… Vaya, pues he bebido un trago más de *whisky*.

—Entonces…, ¡era cierto!

—¿El qué?

—Cuando nos conocimos me dijiste que no bebías nunca estando de servicio, pero que en los momentos particulares eras una esponja. ¿Es eso cierto, Rufus Sebastian?

—Pues, sí… Eee… Sí, es cierto. Oh, vamos, no seas intransigente: sólo ha sido un traguito.

Rae Sebastian miró la mano de su marido, que estaba apretando su bonito brazo izquierdo. Eso era algo que había deseado desde que conociera al feo Rufus Sebastian, pero…

—Rufus, no quiero que pienses que me las doy de lista. Pero a ti te ocurre algo. Algo extraño. ¿Qué es ello?

—Mi amor, ya te lo he dicho: es que tenemos un cadáver en el refrigerador.

—Sebastian, ¿por qué no has de ser un hombre como los demás? Eres feo, tienes una esposa linda, que te adora, hace tres semanas que nos hemos casado… ¿No podrías olvidar, siquiera fuese por este fin de semana, que eres un policía?

—Oh, sí, muñequita. Palabra. Esto… Palabra, sí: prometo olvidarme de eso.

—Magnífico. Y ahora, vamos a ver a esos señores.

Bueno. Todo sería muy interesante.

Porque, a lo mejor, alguno de aquellos «señores» sabía algo de aquel asesinato *on the rocks.*

CAPÍTULO IV

RAE SEBASTIAN, sentada en la terraza muy cerca de Clay Morgan, reía a más y mejor con las historietas; llenas de humor que estaba oyendo. Clay Morgan era un tipo divertidísimo, de buenos modales, mirada inteligente, cuerpo de atleta y voz suave, bien timbrada.

Cada uno hacia lo que más le gustaba.

Lucian Davis, el secretario de Alex Somervell, miraba a las señoras una a una, mientras escuchaba la conversación de Elsie Morgan, hermana de Clay, la única soltera de la reunión. También Lucian era el único soltero.

Las señoras Harriman, Somervell y Byrnes hablaban con mucha animación de cosas que seguramente habrían aburrido a cualquier hombre.

Lógico.

Humphrey Harriman y Elwood Byrnes charlaban animadamente, bebiendo un *daikiri* gigante, como si tal cosa.

Rufus Sebastian, cerca de la salida a la terraza, charlaba con Alexander Somervell, ambos de pie. Realmente, Alex Somervell era uno de esos hombres de película que pueden hacer palpitar los tiernos corazones de millares de jovencitas. Sobrepasaba a Sebastian en no menos de cuatro pulgadas, y el flaco y feo policía soportaba la diferencia física con el gesto de quien aprendió en el parvulario que el Sol es más grande que la Tierra.

En aquel momento, Alex Somervell estaba chascando los dedos y diciendo:

—*Okay*, Rufus: cuando decidas divorciarte, me avisas. Yo me divorcio también, y me caso con tu linda exesposa.

—Y yo con la tuya —sonrió Sebastian.

—No es mala idea —rió Somervell.

—¿Verdad que no? Hay algo que me tiene preocupado, Alex:

¿qué demonios habrá visto Rae en mí?

—Hum… Las mujeres son unos bichos raros, Rufus. A lo mejor, lo que más le ha gustado de ti es que eres feo. Así está segura de que no te será fácil engañarla.

—Eso es jugar con ventaja —sonrió de nuevo Sebastian—, porque si yo, que soy feo, no puedo engañarla, ella, tan linda, sí podría engañarme a mí.

—Pues depende de cómo sea tu damita, Rufus.

—Supongo que ni mejor ni peor que otras. Cualquier mujer puede, cualquier día, hacer una tontería.

Alex Somervell miró burlonamente al agente del Police Departament.

—No digas tonterías.

—¿Tonterías, Alex?

—Tonterías. Eso de que cualquier mujer puede hacer cualquier día una tontería, no reza conmigo.

—Vaya… ¡Ya salió el hombre guapo!

—No es eso, Rufus. Escucha bien: tú serías un completo imbécil si confiases en tu poder sobre tu mujer para que ella te fuese fiel. No hay que confiar en uno mismo, sino en ellas. Por guapo y apuesto que seas, ellas tienen sus propios gustos y caprichos. Por tanto, cualquier hombre inteligente confía más en su mujer que en sí mismo, en la integridad de su mujer, que en su ascendencia sobre ella.

—Supongo que sé adónde vas a parar… ¿Quieres decir que tú no confías en ti mismo tanto como en la honradez de Harriet?

—¡Exactamente!

—Ya… Supón que ella te estuviese engañando.

—Es un chiste formidable, Rufus.

—Hombre, es sólo una suposición. Hace un par de años tuvimos un caso en el Departamento que nos llevó de cabeza. Según unas fotografías, la esposa era infiel. Luego, resultó que todo era un cochino chantaje y que el marido tuvo que pedirle perdón a la esposa.

—Se habría ahorrado todo eso si hubiese hablado con ella directamente. El matrimonio es una cosa rara, en cuanto a que se establece por libre voluntad, debe existir también la más completa sinceridad.

—¿Qué quieres decir?

—Supongamos, como tú dices, que Harriet se enamorase de otro hombre. ¿Qué crees tú que ocurriría?

—Pues no sé…

—Yo sí lo sé. Quiero decir que sé lo que esperaría de ella. Simplemente, Harriet vendría un día y me dirá: «Alex, ya no te amo». Y ya está, Rufus. ¿Para qué engañarme? Es una tontería, propia de mentes retrasadas. Se dice la verdad, y todo se arregla.

—Hummm… Entiendo que mientras Harriet no te diga algo así, tú confías plenamente en ella.

—¡Por supuesto, Rufus!

—Me parece bien. ¿Qué tal los negocios?

—¡Bien! Escucha, «poli»…

—¡Ssst…! Por el amor de Dios, Alex, ¡estoy aquí de incógnito!

—Oooh… ¿Algún asesinato? —rió Somervell.

—Todo puede ocurrir —rió también Sebastian.

—Claro, claro… Sobre todo, estando tú aquí: parece como si te sacases cada semana un par de asesinatos de los bolsillos… ¿Por qué me has preguntado por los negocios?

—Pues Harriet me ha dicho algo de lo que Elwood y tú tenéis pendiente con ese Harriman… ¿Quién crees que ganará? Lo digo porque Harriman y Elwood Byrnes parecen charlar con mucha animación, y quizá Elwood te esté pisando el terreno.

—Hay que luchar con deportividad. Pero… ¿sabes que quizá tengas razón? ¿Qué tal si vamos a meter baza en la conversación?

—Me parece bien. Me encantará oír hablar de negocios.

Fueron los dos adonde estaban Humphrey Harriman y Elwood Byrnes con sus *daikiris* gigantes, y Somervell; sonriendo, preguntó:

—¿Molestan dos curiosos?

—Oh, siéntese, Alex —sonrió Harriman—; seguramente su punto de vista será interesante. Incluso me gustará oír el suyo, señor Sebastian.

Éste y Somervell se sentaron, diciendo Sebastian:

—Me temo que mis puntos de vista sobre los negocios ajenos serían un poco tontos, señor Harriman. Pero quizá aprenda algo oyéndoles hablar a ustedes.

—Es una buena postura la suya. El señor Byrnes y yo estábamos discutiendo las condiciones en que se podría establecer el contrato.

El opina que mi margen de beneficios sería excesivamente superior al suyo, y quiere… nivelar mejor las condiciones. ¿Usted está de acuerdo con Byrnes, Alex?

—Desde luego. Tenga en cuenta que nuestra actividad y nuestro esfuerzo serían superiores al suyo. En esas condiciones…

Rufus Sebastian se aisló por completo de la conversación. Por tres motivos. Uno, que no dejaba de pensar en la chica del refrigerador. Dos, que le fastidiaban aquellas conversaciones de negocios. Tres, que estaba estudiando a Humphrey Harriman por dentro, no por fuera, por sus palabras.

Harriman era un hombre grueso, alto, fuerte. Debía tener cincuenta años. Vestía bien, aunque su corpulencia le impedía ser elegante. Tenía una voz grave, clara, bien educada, y un rápido movimiento de manos y de ojos. El clásico hombre de presa en los negocios. Su mirada iba de uno a otro de sus interlocutores con velocidad, con precisión, y parecía esperar descubrir o saber mucho más de lo que le decían. En general, resultaba un hombre dinámico y agradable.

Pero, realmente, la conversación le resultaba al policía poco menos que insoportable, una vez catalogado Harriman, así que se puso en pie.

A Elwood Byrnes ya le conocía de tiempo atrás. Tenía aproximadamente la misma edad que Somervell, quizá un par de años más, hacia los treinta y seis, y, como Somervell, era alto, atlético, fuerte, simpático al primer golpe de vista. Sus ojos eran casi tan azules como los del propio Sebastian, y su mirada no menos directa. Sebastian sabía ya que Elwood Byrnes era un hombre honrado y luchador, también como Somervell, y que disfrutaba con la pelea por el triunfo.

—¿Qué pasa, Rufus? —preguntó, precisamente, Byrnes.

—Bueno…

Somervell soltó una risita.

—Déjalo, Elwood, a Rufus es matarlo colocarlo entre hombres que hablen de negocios. ¿No es cierto, Rufus?

—Pues, sí… Lo siento, pero… Vaya, creo que iré a oír lo que hablan las señoras. Estoy seguro de que no me aburriré tanto.

—Ve, hombre, ve… Te avisaremos cuando acabemos esta discusión. ¿Qué tal si luego hiciésemos una partidita amistosa de

póquer?

—Ésa es una buena idea —aprobó rápidamente Harriman—: hay que concederle al señor Sebastian alguna oportunidad de pasarlo bien con nosotros.

—Esperaré la partida —dijo Rufus.

Y se fue al grupo de señoras: Kate Byrnes, Bertha Harriman y, naturalmente, Harriet Somervell. Rae continuaba riendo las bromas de Clay Morgan, el hermano de Elsie.

Pero la conversación de las señoras espantó a Sebastian apenas acercarse a ellas. Motivo de controversia: la nueva línea de maquillaje de noche. Así que el policía remoloneó un poco por allí, sin osar demostrar el menor interés por la conversación, bajo el peligro de que también su opinión fuese requerida. Aprovechó la ocasión para examinar con interés disimulado a la señora Harriman. Delgada, austera, de mirada brillante y mandíbula firme, que a Sebastian le pareció expresaba cierta intransigencia. Debía tener cuatro o cinco años menos que su marido. Iba bien enjoyada, pero sin exceso, con buen gusto. Tenía la voz algo áspera, pero hablaba con mucha mesura, sin apasionarse con la «interesante» conversación.

A Kate Byrnes también la conocía ya de antes. Era bonita, aunque no tanto como Harriet; pero parecía tener más vitalidad, ser algo más atolondrada y ansiosa de vivir.

Lucian Davis le estaba contando a Elsie Morgan las dificultades pasadas aquella tarde para hacerse con un «gigantesco» pez, y la muchacha parecía interesada en ello.

Rae continuaba riendo con la chispeante conversación de Clay Morgan, quien, con mucha frecuencia, miraba hacia Harriet Somervell. Con tanta insistencia, que Sebastian se preguntó si Harriet no estaría notando en su nuca las intensas miradas del hombre.

Demonios: a eso llamaba Sebastian aburrirse a lo grande. Pensó con nostalgia en las conversaciones que él sostenía con sus compañeros y con el capitán Donner, y suspiró. De buena gana se habría plantado en el centro del *living* y habría dicho: «Señores, tengo un cadáver en el refrigerador. Vamos a verlo y charlaremos sobre él. Veamos cuántas y cuáles conclusiones sacan ustedes».

Por supuesto, aquella chica no formaba parte de los invitados a

la villa de los Somervell, ya que no se había comentado la ausencia de nadie, ni siquiera a la hora de la cena.

¿Quién era?

¿Quién la había metido en el refrigerador?

¿Una persona no relacionada con la casa, como la misma chica; o alguno de los presentes, que en aquellos momentos debía estar con el alma en un hilo al saber que los Sebastian ocupaban el *bungalow* donde estaba escondido el cadáver? Naturalmente, la persona que lo había hecho no sabía que nadie fuese a ocupar la cabaña. Nadie era esperado ya en la villa. Solamente Harriet sabía que él iba a llegar. Por lo tanto, quien mató a la chica la metió en el refrigerador de la cabaña que suponía no sería ocupada, y decidió esperar mejor oportunidad para hacerla desaparecer definitivamente.

No, no debía estar muy tranquila esa persona sabiendo que Rufus Sebastian, agente especial del P. D., estaba ocupando precisamente aquel *bungalow*. Porque una cosa era cierta: todos debían saber allí que él era un policía. El único que podía ignorarlo era Humphrey Harriman, y era más que probable que ya se hubiese enterado, por cualquier comentario casual. Y si no estaba enterado, se enteraría; era inevitable.

¿Qué pasaría con el cadáver de la chica? Era posible que alguien fuese a buscarlo, pero también era posible que no, aunque se temiese que el refrigerador podía ser abierto en cualquier momento.

Cierto que si hubiese avisado ya al Departamento, la chica, a aquellas horas, estaría ya en una de las cajas frigoríficas de la Morgue, con lo cual la diferencia no era tan grande… Pero no podía tenerla en el refrigerador como si fuesen chuletas o una pifia tropical.

Encendió un cigarrillo y salió a la terraza. Lo había estado haciendo con frecuencia, y mirando hacia el *bungalow*, vigilando la posible llegada de alguien que quisiera llevarse el cadáver.

¿Y si echase un vistazo?

Solamente Rae le estaba mirando, mientras escuchaba a Clay Morgan. Sebastian se puso un dedo en los labios, supo que ella había comprendido, y bajó al jardín. Una vez allí se dirigió a paso rápido hacia el *bungalow*, entró en él y, sin encender la luz, fue hacía; el refrigerador, lo abrió y lo cerró en el acto.

La chica estaba todavía allí.

—Estoy alargando esto demasiado —musitó Sebastian—. ¿Por qué tengo que creer que quien la ha matado va a venir a por ella? A lo peor considera que todo está bien así y jamás se acercará al refrigerador, ni a la cabaña…

Se aseguró de que el vaso estaba todavía entre las anchas hojas de la planta y suspiró desalentado. Sí, quizá estaba alargando demasiado la situación. Sin embargo, quienquiera que hubiese hecho aquello, no podía creer que él lo sabía ya, pues no era corriente que una persona, por muy policía que sea, encuentre un cadáver en su refrigerador y se vaya a cenar tan tranquilo, dejando el cadáver allí.

Regresó a la casa. Cuando apareció de nuevo en la terraza, captó la mirada llena de interés que su esposa le dirigía. Pero, desde luego, Rae no comentó nada, ni le llamó siquiera. Buena chica.

—Hey, Rufus, ¿qué tal si te apuestas unos dólares al póquer?

—Si ya habéis terminado…

Alex se echó a reír.

—Tan sólo lo hemos aplazado. Esas conversaciones no se acaban nunca… Clay, ven para acá. Contigo seremos cinco para una partida de póquer. Lucian, tú eres el sexto.

Clay Morgan miró a Rae, dijo algo, y los dos se levantaron. Los hombres se reunieron por un lado y las mujeres por otro, al parecer dispuestas a jugar al *bridge*.

Rae se las había arreglado para acercarse a Sebastian.

—Rufus, ¿dónde has ido?

—Ssst… Ve a jugar al *bridge*, amor. Y como sois cinco, dedícate tú a mirar y dime qué te parecen todas esas señoras.

—Son simpáticas.

—Pero Clay Morgan lo es más, ¿eh?

—Y más guapo que tú… —rió Rae—. Pero te sigo amando.

—Albricias. Anda, ve con las señoras.

—Antipático.

Rae fue a reunirse con las demás mujeres, y Sebastian y los hombres habilitaron prestamente una mesa para jugar al póquer. Las señoras discutían ya animadamente. Y, como es natural, a los hombres apenas se les oía.

Sebastian era quien mejor jugaba al póquer allí. Lucian Davis

arriesgaba poco, y sólo cuando tenía buen juego de verdad subía de sobresalto; pero como los demás le habían visto las orejas, no se le aceptaban muchos envites. Somervell se divertía, simplemente. Era un jugador de pacotilla, de esos que lo mismo les da jugar al póquer que al *pinball*, por ejemplo. Clay Morgan no jugaba bien, pero tenía una suerte loca; quizá por eso de «afortunado en el juego, desafortunado en amores». Elwood Byrnes era el más astuto y frío de todos, el único que le había olido algún que otro *bluff* a Sebastian. Y Humphrey Harriman parecía el más codicioso. Seguramente, le importaban un pepino los cientos de dólares que pudiese llegar a ganar o perder, pero quería ganar a toda costa…

Hacia las doce se decidió recoger las cartas, acostarse y estar despejados a la mañana siguiente para una salida pesquera en toda regla. Lucian Davis había ganado, así como Sebastian. Los demás habían perdido, pero solamente Harriman parecía enfurruñado por ello.

Poco después, todos se retiraban a sus dormitorios y los Sebastian a su *bungalow*, aceptando las bromitas de Alex Somervell, el único que se atrevió a ello.

Era un tipo simpático.

CAPÍTULO V

—¿QUERRÁS decirme ahora qué es lo que está ocurriendo, Rufus?

Sebastian estaba sentado en uno de los silloncitos del dormitorio, mirando a su mujer, fumando y pensando; con lo cual, no sacaba gusto a ninguna de las tres cosas.

—¿Eh?

Rae, junto a la cama, de pie, se puso los puñitos en las caderas, en un delicioso gesto de enfado.

—Te estoy preguntando qué es lo que está pasando.

—Oh, nada… Estaba pensando que va a ser incómodo dormir en prendas menores. Verdaderamente, me precipité al disponer que trajésemos tan pocas cosas.

—Eso lo decidiste porque pensabas estar aquí quizá tan sólo unas pocas horas. ¿No es así?

—Claro.

—Y ahora estás pensando que tendremos que quedarnos algún tiempo. ¿Por qué?

—Bueno, ya sabes lo que está ocurriendo a Harriet. Voy a tener que ayudarla, eso es todo.

Rae fue a dónde estaba su marido, estuvo mirándolo unos segundos, y, por fin, se sentó en sus rodillas. Lo besó en los labios, y luego suspiró:

—Rufus, me estás ocultando algo, ¿no es cierto?

—Sí, mi amor.

—¿Crees conveniente hacerlo? ¿Crees conveniente que yo no sepa lo que está pasando?

—Sí, Rae, lo creo conveniente.

—De acuerdo. ¿Vamos a dormir?

Sebastian besó el cuello a su esposa, que cerró los ojos y se encogió en sus brazos.

—Será lo mejor…

Se levantó, llevó a su esposa en brazos y la dejó caer en la cama, riendo. Apagó la luz y se acostó.

Una hora después, quizá algo más, Sebastian se incorporó sobre un codo y miró el rostro a su esposa. La luz de la luna entraba por la ventana, de lado, proporcionando una lívida claridad al dormitorio. Como siempre, Rae Sebastian dormía con la boquita un poco abierta, ligeramente alzado el labio superior.

—Rufus…

—Duerme.

—Sí…

Sebastian esperó unos minutos más. Besó a Rae detrás de una oreja y ella no se movió. Entonces, muy despacio, el policía salió de la cama, la rodeó y se colocó delante de su esposa, mirándola atentamente. Bien, ya había entrado en el profundo sueño de niña. Para despertarla ahora haría falta en verdad mucho ruido.

Rufus fue adonde habían dejado su pequeña maleta, la abrió y sacó la pistola. Con ella en la mano salió del dormitorio. Se acercó a una de las ventanas del *living* y sacó el cargador, examinándolo. Por supuesto, quienquiera que fuese capaz de clavarle un cuchillo en el pecho a la muchacha del refrigerador, era también capaz de hacerlo en las costillas de un hombre, fuese o no fuese un agente del Police Department.

Después del primer asesinato, el segundo ya no tiene tanta importancia. Por lo menos a efectos legales, de juicio. Lo clásico: se mata una vez, y para evitar ser descubierto se puede llegar a matar un montón de veces más.

El agente del P. D. abrió un par de pulgadas la puerta delantera del *bungalow*, la que daba al porche, y miró hacia la casa. Todas las luces estaban apagadas allí, y no se veía el menor movimiento ni se oía ruido alguno, Sebastián fue a la puerta de atrás, la que estaba orientada hacia la playa, y entrando por la cual se llegaba inmediatamente al baño.

Ni un movimiento, ni un sonido. Ni siquiera hacía aire, y las palmeras parecían melenudos gigantes inmóviles. Esforzándose un poco, prestando la más completa atención, podía oírse el rumor del mar.

Eso era todo.

«Es posible que pierda la noche y es posible que no… —pensó el policía—. Pero juraría que no van a dejar ese cadáver en el refrigerador, sabiendo que Rae y yo estamos ahora en la cabaña…».

Dejó abierta la puerta trasera. Había que dar facilidades. Luego dio una vuelta por la cabaña, excepto por el dormitorio. Allá sólo había la gran ventana, y, aunque también estaba abierta, ya que con aquel calor habría resultado sospechoso encontrarla cerrada, sabía que nadie entraría por allí, corriendo el riesgo de que el fino oído de un federal se alertase al menor ruido.

Por fin, Rufus Sebastian buscó el lugar apropiado para la espera: exactamente junto al refrigerador, en el lado que éste mismo ocultaba a quien entrase por la puerta de atrás. Se sentó allí, cruzó las piernas a estilo árabe, colocó la mano derecha, con la pistola empuñada, sobre un muslo, y se dispuso a esperar.

Calculó que serían casi las cuatro de la madrugada, cuando oyó el ruido en la parte de atrás del *bungalow*. Ni siquiera ruido: fue solo un rumor suave, levísimo. Y supo inmediatamente a qué era debido: un pie sobre las tablas. Un pie descalzo.

El sueño que le había estado venciendo insensiblemente, desapareció.

La puerta de atrás fue abierta, muy despacio. Desde donde estaba y, desde luego, sin moverse lo más mínimo, Sebastian vio el leve resplandor lunar hacia el fondo de la cabaña. Luego dejó de verlo. Habían cerrado la puerta.

Bien, había acertado. El hombre que había llevado allí el cadáver de la muchacha lo había hecho creyendo que nadie ocuparía el *bungalow*. Pero ahora sabía que sí había alguien allí. Alguien vivo.

Exactamente como si fuesen sonoros golpes aplicados a un gigantesco bombo, Rufus Sebastian oía con toda claridad los pasos del hombre acercándose al refrigerador. Pasos sigilosos, pero no lo bastante para el testarudo Rufus Sebastian, que se mantenía alerta como un cazador salvaje.

Los pasos se detuvieron. Sin necesidad de ver al hombre, Sebastian supo que estaba alertando el oído hacia el dormitorio. Estuvo así, inmóvil, durante más de un minuto. Luego, los pasos continuaron hacia el refrigerador.

Rufus alzó lentamente la mano armada. Si aquel hombre lo veía,

e intentaba matarlo, sólo tendría que apretar el gatillo. Ni siquiera sería necesario matarlo: una bala en un hombro frena a cualquiera.

Pero el hombre no lo vio. Quedó delante del refrigerador, un poco hacia el otro lado, donde estaba la juntura del cierre. Sebastian comenzó a incorporarse, despacio, justo en el momento en que se oía el leve chasquido de la puerta magnética al ser despegada. Una raya de luz brotó del refrigerador, hacia el fondo del *living*.

Y en el momento en que el policía iba a dar el alto, amenazando al intruso con la pistola, una de sus rodillas crujió al enderezar del todo la pierna.

La puerta del congelador se abrió del todo entonces, bruscamente, golpeando a Sebastian en la mano, haciéndole caer la pistola y clavando la mano en el estómago, donde recibió un fuerte golpe, más doloroso que el que la puerta infligió a su barbilla.

Se cerró la puerta cuando Sebastian todavía no estaba dispuesto a la lucha, dolorido, pero, sobre todo, perdido el ritmo de su actuación.

Un puño durísimo se clavó en su estómago violentamente, obligándole a doblarse. Una sombra pasó junto a él, por un lado, y al instante, un brazo largo y duro se había clavado en su garganta, desde atrás, apretando con fuerza, y comenzando a privarle de aire.

Hasta el momento, los ruidos habían sido levísimos. O, por lo menos, no lo bastante fuertes para despertar a la esposa del agente del P. D.

El brazo que rodeaba la garganta de éste, era fuerte, y apretaba paulatinamente con más y más fuerza. Con tanta fuerza, que Sebastian comprendió que aunque él quisiera impedirlo sujetando con ambas manos el antebrazo, no lo conseguiría. Con ojos desorbitados, hacia un lado, veía las dos manos del hombre, una sujetando la muñeca del brazo que apretaba. Un dogal bien conseguido, y cuyo resultado sólo podía ser uno si él continuaba empeñado en intentar impedirlo.

Así que, en lugar de eso, soltó el antebrazo del intruso, tensó muy rígido el pulgar de su mano derecha y echó ésta hacia atrás, como quien solicita un pasaje en «auto-*stop*», pero con toda su energía.

Había estado oyendo junto a su oreja el contenido jadeo del

estrangulador, de modo que, tras el rápido cálculo del lugar que ocupaba aquélla, lanzó el pulgar hacia donde debía estar el ojo derecho.

Acertó.

Oyó el entrecortado gemido del hombre al serle reventado un ojo; y, naturalmente, la presión sobre su cuello cedió. Comprendiendo que aquello podía ser sólo durante un segundo, Sebastian se apresuró a aprovecharlo. Separó un poco el antebrazo, hacia delante, y luego hincó sus dientes en la carne, con toda su fuerza. Notó enseguida el gusto de la sangre en sus labios, y una nueva vacilación del intruso. Bajó el brazo derecho, lo dobló y disparó hacia atrás el codo, con toda su fuerza.

Notó el golpetazo en el tórax del golpeado, el nuevo jadeo de éste. Se volvió ya lanzado su puño izquierdo, a media altura, hacia el estómago del hombre.

Acertó.

Pero el intruso soportó bien el golpe, y, contra lo que esperaba Sebastian, no se dobló hacia delante, sino que le golpeó duramente con su izquierda en pleno pecho, tirándolo al suelo y obligándole a deslizarse por éste casi nueve pies. Aturdido, Sebastian oyó el rápido caminar del hombre hacia él, y quiso incorporarse.

Un pie descalzo cayó sobre su garganta, y sólo debido a que el policía había encogido la barbilla para intentar levantarse, no le alcanzó de lleno.

Pero el golpe se iba a repetir.

Cada vez más maltrecho, pero demostrando que su flaco cuerpo era de auténtico acero, resistente y duro, Sebastian vio el pie alzado y tuvo el tiempo justo de detenerlo con las manos cuando de nuevo buscaba su garganta. Lo sujetó con fuerza y movió sus manos en sentido inverso, llevando hacia adelante el talón y hacia atrás la punta de aquel pie. El hombre giró por encima de él, siguiendo la torsión hábilmente. Cayó de cara sobre el sofá, se afincó allí con las manos y soltó un patadón con el otro pie en plena nariz del policía, que aparte de ver las estrellas en el interior del *bungalow*, empezó a sentirse estremecido de angustia al comprender que estaba peleando con alguien que, aparte de saber tanto como él de aquellas cosas, tenía más envergadura y fuerza.

Quizá porque comprendió que estaba perdido si no se

sobreponía como fuese a aquella desventaja, Sebastian aguantó bien el golpe, saltó hacia adelante, y golpeó al intruso con los dos puños juntos en los riñones cuando el hombre empezaba a separarse del sofá.

Lo tiró contra el mueble de nuevo, que se venció, llevándose con él al intruso, hacia el otro lado.

—¡Rufus! —clamó la voz de Rae, crispada.

Rufus estaba llegando junto al intruso en aquel momento. Alzó un pie, pero no intentó siquiera golpear la garganta de su enemigo. Simplemente lo dejó caer sobre su cabeza con fuerza, de modo que la golpeó contra el suelo.

—¿Dónde estás, Rufus? ¿Qué pasa?

Pasaba que Rufus estaba golpeando otra vez la cabeza del intruso contra el suelo, saltando a su alrededor. Parecía que el hombre se iba aflojando, cediendo, y Sebastian aprovechó para golpearle primero en el costado, a la altura del hígado, con un pie, y luego en el estómago, de arriba abajo, con el mismo pie.

El intruso consiguió empujarlo, y enderezarse, quedando sentado.

—¡Rufus, ¿dónde está tu pistola?!

… Le alcanzó de lleno en la boca, tirándolo hacia atrás. El policía oyó los crujidos de los huesos de su mano, pero no podía ceder ahora. Quiso golpear de nuevo con los pies, pero el hombre se alejó rodando, con lo que Rufus creyó romperse el pie contra el suelo.

Tuvo que retener el dolor cuando vio al otro incorporándose. Desalentado, casi convencido de que aquel intruso acabaría haciéndole papilla, Sebastian trompicó hacia él, dispuesto a seguir la pelea hasta el final.

Y justo en aquel momento se encendió la luz del dormitorio… Sebastian oyó a su esposa diciendo algo, muy asustada, pero no podía desaprovechar aquella ocasión: la luz había dado de lleno en el ojo sano del intruso y éste lo había cerrado, momentáneamente deslumbrado.

Sebastian lo acabó de deslumbrar de un directo al ojo sano que hizo trastrabillar hacia atrás al hombre. Luego, le golpeó en el estómago, y esta vez sí consiguió que se doblase hacia delante. Sebastian notaba su cabeza como si fuese un

«tam-tam»,
pero ya no era momento de detenerse a pensar en nada. Golpeó ahora en la barbilla al hombre, alzándole la cara. Lo vio perfectamente durante medio segundo, y lanzó un nuevo directo…

Cuando su puño llegó a la barbilla del intruso, la luz estaba de nuevo apagada. Pero el puño llegó a su destino. Luego, el otro, de nuevo al estómago. Al hígado después. Al estómago. A la barbilla…

El intruso se derrumbó por fin, como un saco, sobre sí mismo, como si estuviese desparramándose por el suelo.

Y Rufus Sebastian dio tres o cuatro pasos, uno hacia cada punto cardinal, a punto de caer también, tanteando a su alrededor… Encontró el sofá, y se iba a apoyar en él, cuando recordó a su esposa.

Silencio.

La luz apagada.

—Rae… ¡Rae!

Se volvió. La vio tendida en el suelo, en la entrada del dormitorio, como una figurita artística con su bikini resaltando más oscuro a la claridad lívida de la luna.

—Rae…

Fue hacia allá a trompicones, derribando un sillón. Llegó a su lado y se dejó caer de rodillas, dispuesto a reanimarla inmediatamente de su desmayo.

Entonces vio la sangre sobre el parietal izquierdo de su esposa. Un hililloo fino, que brotaba de un corte y se deslizaba hacia la sien.

Y casi a la vez, un pie, descalzo, junto a él. Un pie grande, de hombre, que…

¡Clock!

La cabeza de Rufus Sebastian se llenó de luces de todos los colores. Luces que giraban vertiginosamente y parecían chirriar de modo espantoso.

Adelantó una mano hacia el pie del hombre, sus dedos se clavaron en la carne…

¡Clock!

Hasta luego, Rufus.

La primera sensación que tuvo al abrir los ojos fue la de que por encima de su cabeza estaba pasando uno de aquellos gigantescos tractores agrícolas del Middle West.

Estuvo un par de segundos con la cara crispada en un gesto de dolor, achicados los ojos…

—¡Rae!

Se incorporó bruscamente, y la cabeza estuvo a punto de estallar definitivamente.

—Ooo-oooh…

Rae estaba junto a él, inmóvil. El corazón de Rufus Sebastian quedó pequeñito como una lenteja. Pero volvió a su tamaño normal cuando, tras poner la mano sobre el corazón de su esposa, notó el latido, rítmico, casi normal. Se puso en pie, vacilante. Parecía que el suelo no estuviese quieto ni un segundo. Quiso levantar a Rae, pero la cabeza empezó a darle vueltas a toda velocidad, así que tuvo que desistir de ello.

Fue al cuarto de baño, metió la cabeza bajo el grifo del lavabo durante un minuto, salió, chorreando, fue al mueble-bar y bebió un trago de *whisky*, directamente de la botella.

Regresó junto a su esposa, la alzó en brazos y la llevó al baño. La metió allí, y abrió el mando de la ducha. Un grueso manojo de chorritos de agua cayó sobre la cabeza de Rae, que inmediatamente se agitó, suspirando. Sebastian se metió con ella en la bañera, y la sentó junto a él, sosteniéndola de modo que el agua continuase cayendo sobre su cabeza, hasta que Rae empezó a resoplar con fuerza, protestando, parpadeando con fuerza, agitándose…

—¿Qué tal, señora Sebastian?

Ella volvió su sobresaltada mirada hacia él.

—¡Rufus, estaba…! ¡Oooohh…!

—No hables mucho ahora —aconsejó él, por entre el agua—. A menos que quieras quedarte con la cabeza a pedacitos. Vamos a probar los dos a salir de la bañera.

Él salió en primer lugar. Luego agarró a Rae por la cintura con ambas manos y la muchacha salió también.

Sebastian le tendió luego una toalla.

—Sécate. Te traeré otro bikini.

Fue al dormitorio y regresó con otro bikini, que dejó sobre la banqueta. Abrió el pequeño botiquín del cuarto de baño, sacó un frasco de alcohol y limpió la sangre que quedaba en el rostro de ella. Luego le puso una tira de tafetán preparado con gasa y solución de mercromina.

—¿Te sientes bien, Rae?

—Sí… Creo que sí…

—Bueno, cámbiate ya.

Ella tiró a un lado las piezas mojadas, mientras preguntaba:

—¿Qué ha pasado?

—Te dieron un golpe —musitó Sebastian, que se estaba peinando—. Uno de esos golpes que si fallan por media pulgada pueden ocasionar la muerte.

—¡Oh!

—Pero no querían matarte. Ni a mí tampoco. Me pregunto si ha sido por evitar un asesinato más o porque saben que soy policía y temen un montón de consecuencias. Ven, tomarás un trago de *whisky*, te sentará bien… ¿Cómo estás?

La abrazó por la cintura, sonriendo, pero con una expresión de temor que no pasó desapercibida a su esposa.

—Estoy bien, Rufus —lo besó suavemente—; no te preocupes.

Sebastian soltó un gruñido.

—No soy yo quien va a tener que preocuparse, amor. El hombre que te ha golpeado es el que, si es listo, sacará pasaje para el otro lado del mundo en cuanto pueda. Le vi la cara, y no la olvidaré jamás… Oh, eso fue al otro… Pero por el hilo se saca el ovillo.

—No seas rencoroso… —sonrió Rae—. Me han hecho una sola cicatriz, y como tú tienes tres, ya vamos siendo más iguales. Casi estoy agradecida a ese hombre. Así te sentirás menos feo a mi lado.

Sebastian estuvo mirándola fijamente unos segundos, con el ceño fruncido.

—Una cosa es cierta, amor: jamás volveré a permitirte que estés cerca de mí cuando tenga trabajo. ¡Y no admito discusiones!

—No discuto… —sonrió de nuevo la muchacha—. Pero si vas a oírme de verdad si no me dices lo que está pasando… ¡Y nada de intentar convencerme de que estoy mejor ignorándolo!

—Ahora ya no. Vamos a tomar un trago.

Salieron del cuarto de baño. Naturalmente, el primer Intruso, el de la pelea, no estaba allí. Y el otro, menos. Los muebles habían quedado volcados donde habían caído, pero no había ni rastro de la pistola de Sebastian, al cual no le hizo ninguna gracia la cosa. Pero se tranquilizó al pensar que no querían matarlo. Hubiesen podido hacerlo ya. Sin embargo, se conformaban con dejarlo indefenso, de

modo que, si insistía en intervenir, quizá optasen por quitarlo de en medio de una vez.

El policía escanció *whisky* en dos vasos y miró malhumorado hacia el refrigerador. Naturalmente, el cadáver de la guapa chica ya no estaría allí…

—¿Con hielo, amor?

—Oh, sí… Lo frío me sentará bien.

Sebastián fue al refrigerador, lo abrid y sacó la cubeta de los *rocks.*

Claro que no estaba el cadáver.

—Se lo han llevado —dijo.

—¿El qué?

—El cadáver.

Rae se acercó a él, con un vaso en cada mano.

—¿Mataste a alguien? ¿Al que peleaba contigo?

—Para matar a ése hacía falta un cañón. Me refiero al cadáver de la chica que había en el refrigerador.

Echó los *rocks* en los vasos y luego miró a su esposa, que le estaba mirando a él con la boca abierta, entre incrédula y horrorizada.

Sebastian sonrió.

—Divertido, ¿eh?

—Rufus, por Dios…

—Cuando te dije que teníamos un cadáver en el refrigerador, era cierto, Rae. Una muchacha de tu edad, aproximadamente. Bonita, rubia, ojos claros, en bikini… La habían matado de una puñalada en el corazón.

Bebió un sorbo de *whisky* y sonrió de nuevo cuando Rae tuvo que sostener su vaso con ambas manos para poder llevárselo a los temblorosos labios.

—Dime una cosa, amor —prosiguió—: ¿no te gustaría saber cómo y por qué ha ocurrido todo esto?

—No…, no sé… Supongo que sí…

—Es una de las pocas satisfacciones del policía. Descubrirlo todo, llegar un día hasta nuestro hombre, quizá cuando menos se lo espera, ponerle una mano en un hombro, y decirle: «Queda detenido en nombre de la ley: se le acusa de asesinato de Fulano. Y queda advertido que todo cuanto diga o haga podrá ser luego

utilizado como prueba o testimonio contra usted». Esa capacidad de los investigadores para encontrar al culpable, tendría que ser suficiente para hacer comprender a todo el mundo que, aparte de ser el crimen algo realmente abominable, jamás da buenos resultados. Tarde o temprano, el criminal notará esa mano de un policía sobre su hombro. Y el policía podrá pensar que ha hecho algo que vale la pena, ha ayudado a sus semejantes, ha quitado de la circulación a una fiera… ¿Comprendes ahora por qué soy policía, aunque tenga algunos millones de dólares, amor?

—Sí… Sí, Rufus, lo comprendo… Y empiezo a comprender que yo soy… soy una persona inútil.

Sebastian le dio una palmadita en una mejilla.

—Un policía necesita algo que le haga feliz. Si una persona lo consigue, esa persona no es una inútil. ¿Querrás creer que algunos hombres no rinden todo lo que podrían porque no tienen la esposa adecuada?

—Yo…, yo procuraré ser tu…, la esposa adecuada.

—Lo eres ya, amor —rió Sebastian—; lo has demostrado al no pedirme ni una sola vez que deje de pertenecer al P.
D. Continúa
así siempre, con tus ojitos de tigresa y tu boquita de sonrisa, y Rufus Sebastian continuará siendo un buen policía… ¿Te gustaría intentar encontrar por ti sola datos bastantes para sacar conclusiones de lo que ha ocurrido aquí?

—Oh, bueno…

—¿No te atreves?

—Si tú quieres…

—Me gustaría, cariñito.

—Bueno, pues dos hombres…

Sebastian se echó a reír.

—No, no… Tienes que empezar por el principio.

—Sí… Sí, claro… ¿Cuál es el principio?

Sebastian se acercó a la ventana, con el vaso en una mano y pellizcándose la barbilla con la otra. Estaba amaneciendo. En muy pocos minutos, el sol haría su aparición, de modo que debían ser las… Sí, las cuatro treinta, aproximadamente; quizá las cinco menos cuarto.

—El principio, para nosotros, tiene que ser el momento en que

yo recibí el telegrama de Harriet. ¿Crees que alguien más, aparte de ella, sabía que íbamos a venir?

—No sé…

—Piensa que teníamos un cadáver en el refrigerador…

—Oh, ya… ya entiendo… Claro, no sabían que íbamos a venir. Solo… sólo lo sabía Harriet.

—No es precisamente exacto, amor. Harriet no lo sabía. Solamente, ME ESPERABA.

—Sí, sí… Eso es.

—Vas muy bien —volvió a reír Sebastian—; sigue.

—Bueno, pues alguien mató a… a la chica del refrigerador y la metió dentro…

—¿Por qué? ¿No te parece una tontería matar a una persona y meterla dentro de un refrigerador?

—Oh, sí…

—¿Entonces?

—Es… es el asesinato *on the rocks* que tú dijiste…

—Bien, pero…, ¿por qué *on the rocks*? ¿Por qué motivo meterías tú en el refrigerador a una persona que acabases de matar?

—Yo… ¡Para que no la vieran! ¡Eso es! Y luego… ¡luego vendría a buscar el cadáver, cuando nadie pudiese darse cuenta!

—Veamos si te entiendo: tú matas a una persona, la traes aquí, la metes en el refrigerador y luego vienes a buscar el cadáver. ¿Es eso? ¿No crees que te has tomado molestias y has corrido peligro al traer aquí el cadáver, en primer lugar?

—Claro… ¡Mato aquí a esa persona! ¡Eso es: la he matado en el *bungalow*! Y para que nadie me vea sacarla, la escondo en el refrigerador y… y vengo a la noche a por el cadáver.

—Pero el *bungalow* está ocupado entonces, amor.

—Oh, pero si yo no lo sé…

—Sí lo sabes. Lo sabes perfectamente, porque entras con mucho sigilo. Un sigilo innecesario si creyeses que el *bungalow* está todavía desocupado.

—¿Los hombres que han venido sabían que nosotros estábamos en el *bungalow*?

—Eso parece.

—Pero…, pero si estamos aquí, ellos deberían comprender que ya habíamos visto el cadáver…

—¿Has hablado tú de ese cadáver con alguien?

—¿Cómo había de hablar si no sabía nada?

—Yo tampoco he hablado. Por tanto, los dos nos hemos comportado de tal modo que nadie podría sospechar que sabíamos que teníamos un cadáver en el refrigerador. Nadie que nos haya estado viendo, cenando y charlando con nosotros, etcétera…

—¿Quieres…, quieres decir que…, que lo sabían porque nos vieron tan tranquilos y naturales, o sea…, o sea que es una o dos de las personas que… que hay en la casa de Harriet?

—Exactamente. O, por lo menos, debemos estar seguros de que una de esas personas les ha facilitado información a nuestros dos visitantes. También cabe en lo posible que uno de ellos sea esa persona: el que nos golpeó.

—Yo…, yo no me enteré de nada…

—Es natural. Estabas demasiado excitada y preocupada por mí. Encendiste la luz para ver si localizabas la pistola. Y cuando estabas mirando por el *living* el hombre entró por la ventana del dormitorio, te golpeó y apagó la luz. Luego, cuando yo vine aquí, me golpeó a mí. Reanimó al otro, y entre los dos se llevaron el cadáver de la chica del refrigerador. Y me horrorizo al pensar lo que habría pasado si cuando aquel hombre entró por la ventana, estando todavía la luz encendida, tú te hubieses vuelto.

Rae palideció.

—¿Quieres decir… que me habría…?

—Te habría matado. Y después de eso habría tenido que matarme también a mí, por supuesto. Afortunadamente, no lo viste, de modo que le bastó reanimar al otro y llevarse el cadáver de la chica.

—Pero… ¿adónde?

—No lo sé. Cabe en lo posible que tuviesen una lancha por esas playas… No. No, no, no… Demasiado arriesgado ponerla en marcha en estos momentos: corrían el riesgo de que yo recobrase el conocimiento…

Y entonces no tenía por qué buscar la lancha. Me habría bastado ir a la casa y ver qué persona faltaba allí para saber a qué atenerme…

—¿Entonces…?

—Entonces han escondido el cadáver de la chica, uno de ellos se

ha ido quizá hacia Key Largo a esperar y el otro hacia la casa…

—A esperar…, ¿qué?

—A esperar mejor ocasión para llevarse el cadáver en la lancha, lastrarlo bien y tirarlo al agua en alta mar, jamás sería encontrado.

Rae dejó caer los hombros con desaliento.

—¡Entonces no tenemos ninguna pista, Rufus!

—¡Tenemos un montón de pistas! —rió Sebastian—. Me parece que tus actividades como policía están fallando, amor.

—¿Qué… qué pistas tenemos?

—En primer lugar, cuando tú encendiste la luz conseguí ver la cara del hombre con el cual estaba peleando.

Y tengo tres buenos derroteros para localizarle: fotógrafos, chantajistas y luchadores.

—No entiendo.

—Era un hombre que peleaba muy bien; por tanto, lo buscaré en esa sección de nuestros ficheros. Pero, además, cuento con otros dos datos, estos supuestos, que todavía podrán centrarme más la personalidad de ese hombre. Esos datos son que presumo que tiene actividades chantajistas y que posiblemente, teniendo en cuenta las fotografías que le han enviado a Harriet, ese hombre tenga algo que ver con la profesión de fotógrafo. Con todo esto, los muchachos de Picheros me pueden seleccionar un máximo de cien expedientes con las correspondientes fotografías de los encausados. Sólo será necesario, para tener éxito, que ese hombre haya sido fichado anteriormente.

—¿Y qué más pistas tienes?

—Bueno, sabemos que alguna de las personas de la casa está mezclada en esto, ¿no?

—Eso dices tú.

—Pues bien: la búsqueda se limita, se facilita. No es lo mismo sospechar de una docena de personas reunidas todas en un mismo lugar que buscar un sospechoso por todo Miami. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Sebastian se acercó a la planta en cuyas anchas hojas había escondido el vaso en el que imprimiera las huellas digitales de la muchacha muerta. Lo sacó, dejó caer las puntas del envoltorio y dijo:

—Las huellas digitales de la chica del refrigerador están

impresas aquí… O deberían estarlo.

—¿Deberían?

El policía frunció el ceño.

Es posible que se hayan borrado. Y también es posible que no quedasen impresas, pues el cadáver estaba frío… Cabe la posibilidad de que al no existir calor en los dedos ese fino sudor, esa exudación natural de la piel no existiese ya y, por tanto, resulte imposible obtener estas huellas. Pero… si las huellas fallan, como me temo, quedan las fotografías.

—¿Qué fotografías?

—Las que tomé del cadáver cuando tú estabas esperándome en el porche para ir a cenar —sonrió Sebastian—. También tomé fotos del exterior por la salida de atrás de la cabaña. Puede haber huellas de pies, de determinado calzado… Bien: ¿cuál es tu conclusión definitiva, amor?

—Oh, pues…

—Fíjate bien: una chica bonita, un hombre que posiblemente haya sido luchador y fotógrafo chantajista, una persona desconocida, pero que suponemos está invitada en la quinta de Harriet.

—¿Los tres eran cómplices para chantajear a Harriet?

—Digamos que sí. Pero dime: ¿por qué crees tú que la chica estaba muerta? ¿Por qué la han matado?

—Debió… enfadarse por algo con sus cómplices.

—Ah… ¿Y les dijo que estaría en este *bungalow*, a fin de que ellos supiesen dónde tenían que venir a matarla?

—¡Oh, no!

—¿La siguieron? ¿La encontraron?

—Claro…

—Bien. ¿Y qué vino esa chica a hacer en este *bungalow*?

—No sé… ¿A entrevistarse con alguien?

—Blanco perfecto —sonrió Sebastian—. Ahora quedan dos hipótesis: una, la persona con la que vino a entrevistarse la mató; dos, la mató otra persona antes de que la chica hubiese podido sostener la entrevista con quien le interesaba.

—Oh, sí…

—Perfecto, ¿verdad? Y ahora de verdad, definitivamente, dime qué opinas de esto: una chica bonita, un luchador fotógrafo

chantajista y una tercera persona. Relacionada con estos tres personajes, Harriet Somervell, a la cual están sometiendo a chantaje con unas fotos trucadas… ¿Y bien, amor?

—Ellos… Esas tres personas quieren medio millón, y por eso están haciendo todo esto.

—Cualquiera de los que estamos en la casa tenemos bastante más de medio millón para complicarnos ahora la vida con chantajes. Cualquiera… menos Lucian Davis, el secretario de Alex.

—¡Entonces él es el chantajista, el que nos golpeó…!

Sebastian se echó a reír nuevamente, pasó un brazo por los hombros de su esposa y dijo:

—Vamos a dar una vuelta por la playa. Deben ser ya las cinco de la mañana, amor, y a esta hora un bañito sienta de maravilla.

—Oh, Rufus, no estás hablando en serio…

—Completamente en serio. O bañarnos, aunque se crean que estamos un poco locos, o demostrar que sé más de lo que imaginan y que voy a la playa en busca de la pista que se me está ocurriendo.

Rae Sebastian quedó atónita.

Y por fin musitó:

—Nos bañaremos, Rufus.

Sebastian la besó en los labios.

—¿Te das cuenta? ¡Eres la esposa perfecta! Ah, y si te preguntan qué te ha pasado en la frente, la explicación será que te diste contra una puerta… o algo parecido. *¿Okay?*

—*Okay*, policía.

CAPÍTULO VI

SALIERON por la puertecilla trasera. En efecto, había huellas en la arena. Pero tantas y tan removidas que sería tarea inútil intentar obtener algún indicio por medio de ellas.

Luego las huellas se definían mejor, acercándose a la playa. Sebastian pudo ver entonces las de la muchacha, más pequeñas que las otras, de las cuales había varias pasadas. Ya más cerca de la playa las huellas desaparecían en la arena, más abundantes y sueltas. Se podían ver las señales de algo que podían ser pisadas de personas, pero ya todo era problemático. El sol, todavía muy bajo, daba casi horizontalmente en la arena, creando pequeños puntitos de sombras tras las diminutas dunas numerosísimas; estaba aún rojizo y se podía mirar y verlo perfectamente redondo…

A la izquierda, la playa se extendía solitaria hacia el norte del cayo, bordeada de palmeras; hacia la derecha estaba el embarcadero de la quinta de los Somervell, con algunas lanchas amarradas a él. La de Sebastian, más grande, roja y blanca, destacaba de modo inconfundible entre las otras y sobre el agua.

Delante del embarcadero, como a ochenta yardas, la casa, y un poco a la derecha de ésta, vista de frente, los dos *bungalows*, inmediatamente a la espalda de los Sebastian, separados entre sí por unas cincuenta yardas. Uno de ellos estaba desocupado. En el otro se había cometido un asesinato.

—¿Ves algo que… que te dé una pista, Rufus?

—No… No por ahora al menos. Tenía la esperanza de encontrar una lancha por aquí cerca…

—¿Qué clase de lancha? ¿De quién?

—Cualquier lancha, y no importaba de quién fuese. Es obvio que el hombre que peleó conmigo, así como la muchacha asesinada, no llegaron aquí nadando. Tampoco parece posible que viniesen a pie desde Key Largo Town, pues hay unas quince millas… La

muchacha, sin duda, vino en lancha…

—¿Por qué estás seguro de eso?

—Porque estaba en bikini… Pero el hombre que ha peleado conmigo no ha venido en lancha… ¿O sí? Ver conmigo.

Se alejaron de la playa caminando hacia el interior Dejaron atrás los *bungalows*, los terrenos de la quinta… Durante diez minutos los Sebastian estuvieron caminando rápidamente, hasta llegar a la carretera secundaria que llevaba a Key Largo Toron y de la cual salía el estrecho ramal de tierra que llevaba a la quinta de los Somervell.

Allí estaba.

Un coche.

Se acercaron, y el policía estuvo examinándolo durante cinco minutos sin hallar nada interesante…, excepto los documentos que probaban que aquel coche había sido alquilado en Miami por un hombre llamado Charlie Tedder. Lo cual no era precisamente un hallazgo insignificante.

Lo dejó todo como lo había encontrado, pasó una mano por la cintura de su esposa y emprendió el regreso hacia la playa, silbando lo de:

«Tiene Susana
la cara de manzana,
las patas de madera…
¡Hía, hía, hooo…!».

—Has encontrado algo, ¿verdad? —sonrió Rae.

—Oh, tonterías… Nada que valga la pena…

Rae se echó a reír, porque a cada segundo conocía más al feo hombre que había elegido como esposo. Y Sebastian, sin dejar de silbar, repasaba mentalmente todos los datos del coche: su matrícula, la casa de alquiler, el nombre de Charlie Tedder… No era probable que se olvidase de nada.

—Rufus: ¿es que hay otro cadáver de por medio?

Sebastian miró sobresaltado a su esposa.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando silbas eso de que Susana tiene la cara de manzana es que has visto un muerto.

—¿Lo has visto tú?

—No.

—¿Entonces…? Oh, está bien, veo que vas aprendiendo. Sí, creo que hay otro cadáver de por medio, perita en dulce.

—Pero ¿dónde está?

—Ssst…

Poco después llegaban de nuevo a la playa, y ahora Sebastian la examinó aún con más atención. Su mirada, finalmente, quedó fija en un punto cerca de la orilla. Rae miró hacia allí, pero no vio nada. Ningún cadáver. Sin embargo, Sebastian volvió a emprenderla con Susana, la de cara de manzana y patas de madera, mientras tiraba de su esposa hacia el embarcadero.

—Vamos a bordo, amor. Tengo que darle un disgusto a alguien.

La preciosa damita se resignó a esperar. Todo era cuestión de acostumbrarse: unas veces Rufus charlaba por los codos y otras veces no soltaba prenda. Paciencia.

Cuando llegaron al embarcadero Sebastian preguntó:

—¿Cuántas lanchas cuentas tú?

Ella las fue señalando con su dedito.

—Siete contando la nuestra. Son pequeñas.

—Suficientes para ir a pescar buenas piezas. ¿Recuerdas cuántas lanchas había ayer cuando llegamos?

—No…

—Yo sí: cinco; con la nuestra, seis, Pero si añadimos la que estaban utilizando Alex y su secretario para ir de pesca, ya son siete. Todo correcto. Entonces, ya seguro, es el coche. Espera, te ayudaré.

Saltó a su lancha, hecha especialmente a su gusto y medida en su propia constructora; se volvió y recibió a su esposa en los brazos, aprovechando para besarle la nariz.

—Ahora, amor, mientras yo llamo por radioteléfono, vas a estar quietecita y calladita a mi lado. Puedes escuchar todo lo que quieras, pero no pierdas de vista la casa ni aquella parte de la playa. ¿De acuerdo?

—A la orden.

—Estupendo.

Sebastian accionó el radioteléfono, comunicándose con la central. Allá pidió que le pusiesen con Franklin 2786, Miami, y

pocos segundos después sonreía al escuchar la huraña voz que contestaba a la llamada. En el reloj de la lancha, junto a los mandos y el radioteléfono, eran las cinco cuarenta.

—Buenos días, señor. Las cinco cuarenta de una hermosa mañana. ¿Qué música prefiere?

Al otro lado, una exclamación que fue más bien un rugido:

—¡Rufus!

—Hola, señor.

—¡Por todos los demonios…! ¿Qué significa esto de llamarme a mi domicilio a las cinco de la mañana?

—Las cinco y cuarenta minutos. Casi las seis. Han matado a una chica, señor, de una puñalada en el corazón.

Sebastian se imaginó el cambio de expresión de Isaac Donner. Y no se extrañó cuando el malhumor y el sueño dejaron de matizar la voz de su jefe:

—¿Estás ahí, en el lugar del suceso, Rufus?

—Sí, señor.

—Dame la dirección. Salgo ahora mismo para allá.

—Le será muy pesado venir ahora aquí, señor. Estoy en Key Largo.

—¿Dónde?

—En Key Largo. Aproveché mi fin de semana libre para venirme con Rae a pasarlo en la quinta de unos amigos.

—¿Está Rae contigo?

—A mi lado y mirándome con expresión cariñosa.

—Seguro… ¿De modo que invitado a una quinta en Key Largo?

—Sí, señor.

—Oh, supongo que cuando entraste en tus habitaciones te encontraste un cadáver en la cama. Eso puede ocurrirte a ti, seguro.

—No, señor. No estaba en la cama: estaba en el refrigerador. Ha sido un asesinato *on the rocks*.

Pausa.

—Sigue, Rufus.

—La chica…

—¿Una chica?

—Una monada, señor. Muy bonita. Estaba en el refrigerador, al cual habían desmontado los estantes. Tenía algunos *rocks* sobre el pecho. Estaba en bikini, y se veía la puñalada sobre el seno

izquierdo. Le saqué unas fotos, tomé sus huellas, que no creo que las podamos obtener…

Sin ser interrumpido una sola vez, Rufus Sebastian explicó todo lo sucedido desde que llegara a la quinta de los Somervell, sin omitir el motivo que le había llevado allí y aclarando convenientemente todo lo relacionado con el chantaje contra Harriet. Cuando terminó, Rae aplaudió silenciosamente con una manita sobre el dorso de la otra y le tendió un cigarrillo encendido ya.

—Muy bien, Rufus. ¿Por dónde empezamos? ¿Te envío…?

—Deje dormir a los muchachos de momento. Además, ¿de qué iban a servirnos, sin cadáver a la vista y sin huellas que puedan mejorar lo que ya sabemos? Tenemos fotos de la chica muerta y el nombre de un tipo, de ese Charlie Tedder, así como la matrícula del coche alquilado y el nombre de la casa que lo alquiló. Si le parece, podemos empezar por enviar a dos de los agentes en servicio este fin de semana a localizar a Charlie Tedder.

—Cuenta con eso. ¿Qué más?

—Cuando llegue al Departamento quisiera tener seleccionadas las fotos de los fichados que encajen en estas señas: luchador hábil, fotógrafo, chantajista.

—Bien. Más, más…

—Llevaré las fotos de esa chica, así como las de Harriet Somervell. Téngame preparados a los chicos de Fotografía: tendrán que revelar mis microfotos e investigar las de mi amiga la señora Somervell.

—Todo estará listo. ¿Algo más?

—No, señor.

—De acuerdo. ¿Nos vemos dentro de una hora allá?

—No, señor. Llegaré hacia las nueve.

—¡Hacia las nueve…! ¿Vas a venir nadando acaso?

—Estoy en mi potentísima lancha —sonrió Sebastian—. Pero no iré ahora al Departamento, señor. Nadie sabe nada aquí… Nadie, excepto el cómplice o quien malditos diablos sea la persona que nos golpeó a Rae y a mí. Quiero desconcertarlo del todo. De modo que, puesto que anoche quedamos en salir a las ocho a pescar en las lanchas, yo saldré a pescar. Y en cuanto me separe de ellos me largo a Miami. Serán las nueve, señor.

—Está bien, las nueve… Estaremos aburridos ya, Rufus.

—Lo siento, señor Discúlpeme con su esposa por esta llamada.

—Precisamente acaba de decirme que te odia —rió Donner.

—Sé que es broma. Hasta luego, señor.

—Hasta luego. Besitos a Rae.

—¡Encantado!

Sebastián colgó y miró el reloj. Las seis y cinco, y ya un hermoso sol que había perdido el tono naranja; imposible mirarlo de frente.

Rae era más luminosa que el sol, pero era un encanto mirarla.

—¿Lo has oído todo?

—Sí.

—Pues ya vas aprendiendo cómo funciona el P.D., en estos casos. Dentro de unos minutos un grupo de hombres empezará a moverse de un lado a otro No importa que sea sábado, o domingo, las diez de la noche, las tres de la madrugada o las cinco… y cuarenta minutos de un magnífico día de sol. Lo que importa es que estamos apretando el cerco.

—Rufus: ¿con todo esto… encontraréis al asesino?

—Ya lo verás.

—Me gusta.

—¿Qué es lo que te gusta?

—Que seas policía.

Sebastian besó un hombro a su esposa.

—Y a mí me gusta que tú seas mujer. ¿Qué hacemos? Son las seis da la mañana solamente.

—Podemos… dormir un par de horas aquí mismo, en el camarote de la lancha.

—Fiuuu… ¡Es una buena idea!

CAPÍTULO VII

A las ocho en punto apareció Alexander Somervell, el primero en salir de la casa. Le vieron detenerse a poco pasos de ésta, y comprendieron el porqué cuando Harriet apareció también corriendo hacia él y tomándose de su brazo.

—Una feliz pareja… —comentó Sebastian—. Tan feliz, que me disgustaría que algo saliese mal.

—Tú lo arreglarás todo, Rufus.

—Así lo espero… Oh, también salen los demás. Claro, deben haberse llamado unos a otros… Será mejor que nos dejemos ver para que no se molesten en ir a buscarnos al *bungalow*.

Dejaren de mirar por el alargado ventanal de los camarotes y subieron a cubierta. Los dos se pusieron a hacer señas a la vez, y Harriet sujetó a su marido de un brazo cuando ya Alex se disponía a acercarse al *bungalow*. Le señaló el embarcadero, y Somervell comentó algo que hizo reír a todos.

—Siempre de buen humor… —sonrió Rufus—. Me gustaría saber qué bromita se ha inventado Alex ahora.

—¡Vaya! —exclamó Alex Somervell cuando llegaron al embarcadero—. Se diría que no habéis pegado ojo esta noche, ¿eh? ¿Qué hacéis aquí ya?

—Somos sonámbulos… —aclaró de buen humor Sebastian—. Bueno, ¿qué estamos esperando para salir?

—El que obtenga la pieza mayor cobra mil dólares de los demás —recordó Humphrey Harriman.

Lucian Davis soltó un silbidito.

—Caray… ¡Menos mal que anoche gané al póquer, señores!

Hubo más risas.

—Hay que distribuirse —indicó Somervell—. Cada uno solo puede llevar un ayudante. Los casados, nuestras esposas. Clay puede ir con Elsie. Y Lucian…

—Oh, puedo ir solo, señor Somervell… Soy un buen pescador. Usted se va en una de sus lanchas y yo en la otra. Los demás, con las suyas propias.

—Pero deberías tener ayudante, Lucian.

—Me las arreglaré solo… Y a lo mejor hasta gano la apuesta. Serían… cinco mil dólares. ¡Tengo que ganarla!

De nuevo rieron todos.

Sebastian alzó una mano, llamando la atención de todos.

—Rae y yo vamos hacia el Norte. Nos llegaremos a Miami, a casa, para recoger algunas cosas. No nos vamos a pasar el *week-end* en bikini, digo yo.

—Tú no luces mucho, desde luego —rió Somervell—. Pero ¿qué necesidad tiene tu esposa de más ropas? ¡Así está muy bien!

Más risas, mientras cada pareja saltaba a su lancha. Elwood Byrnes y Somervell ayudaron a la señora Harriman a saltar a la suya. Lucian Davis, que ya estaba en los mandos de la que le había correspondido de las dos de Somervell, alzó una mano y gritó:

—¡El primero! ¡El más grande para mí!

La lancha arrancó con potente zumbido. Inmediatamente detrás salieron los Morgan en la suya; luego, los Harriman, los Burnes, los Somervell, y, finalmente, los Sebastian, cuya potente lancha dejó atrás las otras antes de que hubiesen tenido tiempo de dispersarse en busca de aguas propicias de acuerdo a la experiencia u opiniones de cada uno.

—¡A la una, a la hora del almuerzo! —gritó Sebastian al pasar.

—¿Por qué corres tanto? —preguntó Rae.

—Porque tenemos treinta y cinco millas de agua por delante… y el tiempo es oro. ¿Sabes que hay alguien enterrado en la playa, amor?

La damita se le quedó mirando estupefacta.

—¿Qué dices?

—Que hay un muerto en la playa, enterrado cerca de la orilla.

—¡Rufus! ¿Y me lo dices ahora?

—Así te evito la tentación de querer saber quién es… Ponme con el capitán Donner, queridita. Ya debe estar en el Departamento.

—¿Le vas a decir lo del muerto?

—Claro. Ya he tenido tiempo sobrado para pensar.

—¿Y sabes quién es?

—Creo saber quién es: mi amigo el luchador. A ver si lo entiendes: vino a buscar a la chica del refrigerador siguiendo instrucciones…

—¿Crees que es el que vino en aquel coche que vimos en la carretera?

—Sí. Anoche salieron las cosas mal para él.

—¿Lo mató… esa persona que está con nosotros en la quinta y que ahora participa tranquilamente en la apuesta de pesca?

—Exactamente.

—Entonces…, ¿también esa persona es quien mató a la chica?

—Correcto, amor. Pero no hablemos más: te lo explicaré todo cuando lo ponga en conocimiento del capitán. Tú estarás presente. De momento ponme con él.

—Está bien…

Medio minuto después, mientras Rae atendía los mandos, Sebastian estaba de nuevo al habla con Isaac Donner.

—¿Señor?

—Dime, Rufus.

—Quisiera un pescador en una buena lancha y con unos prismáticos capaces de alcanzar hasta Europa…, más o menos, claro.

—Puedo conseguirte las tres cosas. ¿De qué se trata?

—Acabamos de salir todos los personajes de la quinta en las lanchas. Hay una apuesta de pesca, pero nadie me asegura que uno de ellos no vuelva en busca del cadáver o cadáveres para llevarlos mar adentro.

—¿Has dicho cadáveres?

—Se lo explicaré dentro de una hora.

—Está bien. ¿Dónde tiene que ir exactamente nuestro pescador y qué ha de hacer?

—Vendrá a Key Largo por Biscayne Bay y pasará al Atlántico por Old Rhodes Channel. Seguirá la costa de Key Largo el Sur, hasta que vea un embarcadero en la playa. Al fondo hay una quinta con piscina. A la derecha de la quinta, vista desde el mar, hay dos *bungalows* independientes. Bien: quiero que vigilen el trozo de playa que queda delante de esos *bungalows*. Si se acerca una lancha, la verá fácilmente. Pero por si acaso alguien se acercase por tierra firme, que no deje de utilizar los prismáticos. Mientras tanto, puede

ir pescando.

—Te enviaré a Solomon, que está loco por la pesca.

—¿Será pronto?

—Sale dentro de dos minutos.

—Entonces me cruzaré con él. Vale. Dentro de una hora nos vemos, señor. Pasaré por casa a recoger algunas cosas primero.

—De acuerdo.

A las nueve y diez, los Sebastian entraban en el Police Departamento, dirigiéndose directamente hacia el despacho de Isaac Donner. Sebastian llamó, y oyeron la voz de Donner autorizando la entrada.

—Buenos días otra vez, señor. Siento haberte fastidiado el día.

Donner se había puesto en pie. Se acercó a Rae y le dio un pellizquito en la barbilla.

—Hola, preciosa. Y hola, feo.

—¿Tenemos algo, señor?

—Tenemos lo único que podíamos tener con tus datos. ¿Qué hay de las fotografías?

—Voy a llevarlas yo mismo a ver qué sacan en claro de ellas… ¿Puedo confiarle a Rae?

—Inténtalo.

Sebastian salió del despacho sonriendo. Cuando regresó Rae estaba sentada delante de Donner fumando el cigarrillo que éste le había ofrecido. Rufus se sentó en el otro sillón, también delante de la mesa.

Donner le tendió un expediente.

—Charles Tedder, el hombre del coche alquilado. Está fichado por actividades ilegales… Es fotógrafo, en efecto. Tiene un pequeño estudio de fotografía… «artística» en el 128 de la N. W. 16th Terrace.

—Entiendo.

—En cuanto a sus actividades de luchador, no existen. Simplemente, debe ser un hombre que aprendió a pelear por su propia cuenta.

—Y lo hacía muy bien —gruñó Sebastian—; pudo haberme matado a golpes… Supongo que no se le ha localizado.

—Se está intentando eso, aunque… Aunque supongo que tú tienes algo que decir al respecto.

—Desde luego. En mi opinión, Charles Tedder está muerto ahora. Y enterrado en la playa, cerca de la quinta de los Somervell. Está claro que si no pudieron deshacerse de su cadáver tampoco podrían hacerlo del de la chica. Por tanto, cabe en lo posible que los dos estén enterrados juntos.

—Bueno: Solomon ya debe estar vigilando aquel lugar. Si pasa algo, lo sabremos.

—Que así sea.

—Y ahora dime lo último que has pensado.

—Bueno, en realidad todo gira sobre lo mismo… Esa chica que encontré en el refrigerador ha sido quien ha estropeado los planes de por lo menos dos hombres. Pero no sabré por qué hasta que sepamos quién es ella.

—Pero tú ya sospechas algo.

—Sí… Podremos estar seguros si vamos al estudio de ese Charlie Tedder, señor. Pero, en mi opinión, esto es concretamente lo que ha ocurrido: alguien decide hacerle chantaje a Harriet Somervell. Alguien que, por lo general, está cerca de ella o puede verla lo bastante a menudo para obtener fotos suyas con una cámara camuflada, por ejemplo. Ese alguien supondremos que no es Charlie Tedder. Pero conoce a Charlie Tedder. Y tiene una bonita idea de chantaje. Se la propone a Tedder, y éste acepta: se trata de buscar una modelo de fotografía cuyo tipo corresponda más o menos al de Harriet Somervell. Como es natural, esa chica, la modelo, no tiene empacho de ninguna clase en dejarse fotografiar sin ropas en la cabaña de un motel. Para ella, suponemos, todo es publicidad, anuncios, portadas, etc… Y la chica vive de eso: de posar…

—Rufus.

—Dime, amor.

—¿Quieres decir que la chica del refrigerador es una modelo y que su cuerpo es el que aparece en las fotografías con la cabeza de Harriet?

—Exactamente.

—¿Ella se dejó fotografiar en la cabaña de un motel tal como la vimos en las fotografías?

—Claro. Ésa es mi teoría más plausible al menos. Pero veamos lo que ocurre. Por lo que sea, la chica se va en una lancha, como si sólo fuese a una playita o a dar un paseo, y se llega ni más ni menos

que a Key Largo. Luego, a la quinta de los Somervell. Finalmente, *bungalow*. Y allá la matan.

—¿Por qué según tú? —musitó Donner.

—Puede haber sido por muchos y varios motivos. Quizá la chica fuese honrada; se enteró de que utilizaban una foto suya para el chantaje a Harriet y vino a decirle la verdad; quizá en lugar de venir a decirle la verdad vino a pedirle dinero por su cuenta, y eso no gustó al chantajista. Como fuese, lo cierto es que la chica aceptó entrevistarse con él en una cabaña desocupada. No llegaron a un acuerdo, y el chantajista le metió la hoja de una navaja en el corazón limpiamente…

—¿Crees posible que ese hombre llevase la navaja, ya con intenciones de liquidar a la chica?

—Casi seguro, puesto que ella, de un modo u otro, se estaba convirtiendo en un peligro. Por eso la mató. Entonces se encontró en un grave problema: no le había sido difícil llegar, al *bungalow* sin ser visto por nadie, pero ya no sería lo mismo salir con la chica en brazos muerta. Entonces la escondió en el refrigerador, ya que sabía que nadie iría a aquel *bungalow*, Bueno, eso es lo que creía… Tampoco podía llevarse a la chica en una lancha, a plena luz del sol, y tirarla al mar: pasan yates, pescadores, lanchas de recreo, *ferries* de la *Intracoastal*… Sí, era mejor dejarla en el refrigerador. Lo hizo, salió de la cabaña y llamó a Charlie Tedder por teléfono, sin que nadie le viese, naturalmente. Pudo hacerlo desde uno de los coches de Somervell, o Byrnes, o Harriman… Todos ellos tienen radioteléfono en el coche. Luego, ya avisado Tedder de un modo encubierto de lo que ocurría, y con instrucciones precisas, fue a Key Largo. Cuando llegó allá se fue con el coche de alquiler a la quinta de los Somervell. Lo dejó donde Rae y yo lo vimos y fue a pie hacia la playa. Encontró, bastante lejos de la quinta, la lancha que había utilizado la muchacha asesinada. Se fue con ella mar adentro, no demasiado, y la hundió. Luego regresó a nado…

—¿Y nadie lo vio?

—La lancha podía estar lejos de la casa. Además, calculo que poco después de cometerse el asesinato, y casi inmediatamente después de la llamada telefónica, fue cuando todos se marcharon de la casa, excepto Harriet, que me estaba esperando.

—Ella quizá pudo ver…

—No lo creo, señor. En primer lugar, la lancha, como ya he dicho, debió dejarla lejos de la casa la muchacha asesinada. En segundo lugar, Harriet sólo tenía ojos para mirar hacia el Norte, a mi espera. El motor de una lancha lejos de ella, hacia la costa, no debía importarle demasiado.

—Claro.

—Después de hundir la lancha, Charles Tedder…

—Un momento, Rufus. ¿No se te ha ocurrido preguntar a la central de radioteléfonos desde qué coche y a qué número llamaron ayer?

—Se me ha ocurrido, por supuesto. Las respuestas serían: que llamaron a Charlie Tedder, a Miami o a donde fuese, y que la llamada se hizo desde uno de los tres coches. Lo de Tedder ya lo sabemos; lo de desde cuál coche se hizo la llamada no va a aclararnos nada, ya que, suponiendo que ésta se hiciese desde el coche de Alex Somervell, no podríamos asegurar que la llamada la hizo él mismo.

—Claro…

—Bien. Decía que después de hundir la lancha Charles Tedder regresó a nado a tierra y se dedicó a esperar una oportunidad para llevarse el cadáver. Pero Harriet estaba en el embarcadero, la servidumbre en casa…, y poco después llegábamos Rae y yo y nos asignaban el *bungalow* como alojamiento, a petición mía. Entonces sólo podía hacer una cosa nuestro amigo Tedder: esperar a la noche, entrar sigilosamente en el *bungalow* y llevarse el cadáver del refrigerador. Para entonces sabía ya que Rae y yo estábamos allí; pero contaría con la ayuda del personaje desconocido, el que está alojado en la casa y con el cual, antes de dirigirse los dos hacia la casa, entró en contacto. Luego los dos fueron hacia el *bungalow*, había que sacar de allí el cadáver antes de que yo lo encontrase…

—¡Ya lo habías encontrado!

—Pero no lo había dicho. Oh, antes de seguir quisiera echar un vistazo a la foto del tipo de este expediente, Charles Tedder, para no divagar más…

Tomó la carpeta, la abrió y la fotografía de Charles Tedder pareció agigantarse ante sus ojos. Efectivamente, era el hombre con el cual había peleado.

—¿Y bien, Rufus?

—Es él, desde luego; lo vi un instante cuando Rae encendió la luz del dormitorio… Eso prueba que mis teorías parecen estar bien orientadas.

—¿Qué pasó en el *bungalow* exactamente?

—Ya se lo he dicho por teléfono: peleamos y pude vencerle… Entonces vi a Rae caída en el suelo, fui hacia allá y me golpearon también a mí. Cuando recobramos el conocimiento estábamos solos: había desaparecido la chica del refrigerador, no estaba Charlie Tedder ni mucho menos el desconocido.

—¿Qué crees que pasó mientras vosotros estabais sin conocimiento?

—Se llevaron el cadáver de la chica. El coche estaba lejos de la casa y Charles Tedder no estaba en condiciones de cargar con el cadáver, pues la paliza había sido fuerte. Además, no tardaría en clarear el día… Muy peligroso. Con todo ello, nuestro desconocido compañero de *week-end,* se vio en un compromiso, si ponía en marcha una lancha yo podía oírla, recuperarme antes y correr hacia la casa, con lo cual sabría quién faltaba allí. Si iba hasta el coche ayudando a Charlie Tedder a llevar el cadáver de la chica, iba a tardar no menos de veinte minutos en regresar, y también yo podía recuperar antes de ese tiempo el conocimiento…

—Una situación difícil, ¿eh?

—Que resolvió a su manera: mató a Charlie Tedder cuando entre éste y él habían llevado el cadáver de la chica hacia la playa… Luego los enterró a los dos en la arena rápidamente y regresó a la casa. Y ahora estará loco de impaciencia por llevarse de allí los cadáveres.

Isaac Donner soltó un resoplido.

—¿Sospechas de alguno de esos invitados o amigos tuyos?

—Parece que las sospechas sólo pueden señalar a tres de ellos: Clay Morgan, Lucian Davis y Elwood Burnes. A éste casi lo descartaría, ya que de abandonar la habitación es posible que Kate, su esposa, se hubiese dado cuenta, y siempre resultan penosas ciertas confesiones a la esposa. En cambio, Clay Morgan y Lucian Davis, como solteros, duermen solos en sus respectivas habitaciones.

—Entonces sólo quedan dos sospechosos, ¿eh?

Sebastian encogió sus flacos hombros de acero.

—Nunca se sabe.

Isaac Donner quedó pensativo unos segundos.

—¿Te parecería una tontería sospechar también de los demás, Rufus?

—Nosotros hemos de sospechar de todos. Sin embargo, me parece poco probable que Alex quiera chantajear a su esposa con todo este feo asunto. Tampoco se me ocurre qué podría ganar Humphrey Harriman con todo esto… ¿Medio millón? Ni uno ni otro lo necesitan.

—¿Y Byrnes?

—Tampoco. En cambio, se podría pensar que todo eso de las fotografías de Harriet podrían ser una puerca jugada de él, ya que si Harriman llega a verlas no querrá saber nada con Somervell. Es un puritano, según parece.

—¿Crees a Elwood Burnes capaz de hacer semejante cosa?

Sebastian reflexionó muy brevemente.

—No.

—¿Qué clase de negocio es ése?

—No estoy demasiado bien enterado. Por lo que pude oír, parece ser que Harriman admitiría cierta inversión en sus negocios; el que consiga colocar esa inversión ganaría alrededor de un millón de dólares en poco tiempo.

Donner silbó por lo bajo.

—¿En cuánto tiempo?

—Oh, no demasiado… Unos meses…

—¿Cuál sería esa inversión?

—Como media docena de millones.

—Demonios… Bueno, ya sé que a ti no te impresiona esa cantidad de centavos, Rufus; pero yo vivo de mi sueldo.

—Lo entiendo, señor. Y ya sabe que si alguna vez…

—Lo sé, lo sé… Y te lo agradezco. Eres un buen chico… ¿Todavía os amáis?

Sebastian y su esposa se miraron.

—Bueno, un poquito… ¿Qué tal si llamamos a Huellas y a Fotografía? Me gustaría saber eso antes de salir hacia el estudio de Charles Tedder.

—Me parece bien. Los llamaré.

Donner llamó por la línea interior. Cuando colgó se frotó las

manos, satisfecho, al parecer.

—El vaso no tiene ni una huella, Rufus.

—Pero algo va bien, ¿no?

—Abel viene ya para acá con todas las fotografías.

Abel llegó apenas diez segundos más tarde con un montón de fotografías, dibujos y croquis anatómicos.

—Hola —saludó alegremente—. Y enhorabuena.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque la decencia de tu amiga está libre de toda sospecha… Tiene una linda cara, pero el cuerpo que le han puesto no es el suyo.

Sebastian suspiró profundamente.

—¿Estáis seguro?

—Hombre, claro… Es un trabajo aceptablemente bien hecho, pero no puede engañarnos a nosotros. Si quieres mirar las medidas y los bocetos…

—Me basta vuestra opinión; de esto sabéis más que yo.

—Muchas gracias. Y aquí están tus microfotos, convenientemente ampliados.

Sebastian tomó las fotografías y las miró. Donner y Rae estaban junto a él, mirándolas también. Dada la escasez de luz y la dificultad en el encaje no estaban precisamente mal.

—Salieron bien, ¿eh? —murmuró Sebastian.

—Pues… Bueno, no creo que te den el «Pulitzer» por ellas, pero sí el premio de la oportunidad y la eficiencia… Oh, las otras, las de la arena, están mejor; pero no creo que te sirvan de nada. Las están examinando en Huellas, pero me han dicho que te desanime.

—Entiendo, entiendo… Suelta y lo que te está quemando la lengua, Abel.

—La chica… ésta del refrigerador…

—¿Sí?

—Es muy… era muy bonita. Le hemos tomado las medidas fotográficas, el desarrollo del tórax y senos, la longitud de brazos y piernas… Bueno, dada la postura, la cosa no podemos asegurarla, pero «sugerimos» que es muy posible que la chica del refrigerador sea la que está en la habitación de ese motel con la cabeza de tu amiga.

—Buen trabajo, Abel.

—A mandar. Oh, supongo que también quieres la foto de tu esposa, ¿no?

Le entregó la fotografía mencionada y la tira de microfilme y se marchó riendo. Sebastian mostró la foto a Rae.

—Es la que tomé cuando acabábamos de ducharnos después de llegar al *bungalow*, ¿recuerdas?

—La recuerdo… ¡Menos mal que por lo menos estaba en bikini!

Rieron los tres.

Donner movía pensativamente la cabeza luego.

—¿Qué ocurre, señor?

—No lo entiendo… ¡No lo entiendo!

—¿El qué?

—Que Rae se enamorase de ti… ¡No lo entenderé jamás, demonios!

—Por mi dinero.

—¡Pero si ella tiene más que tú!

Rae Sebastian se abrazó a su marido y le besó suavemente en los labios. Luego volvió los ojos hacia el inspector y musitó:

—A lo mejor hasta fue eso tan sólo, inspector.

—Fue…, ¿qué?

—Pues amor.

—Al demonio… Bien. ¿Vamos o no vamos a visitar el estudio de ese Charlie Tedder?

Sebastian miró su reloj.

—Sí… Ya es la hora.

—¿La hora? ¿Qué hora? ¿La hora de qué?

—De ir allá —sonrió dulcemente Sebastian—. Nuestro implacable asesino por partida doble debe estar a punto de llegar. Necesitaré una pistola, señor. En cuanto a usted y a mi damita, se quedarán aquí.

Rae fue a protestar, pero Donner asintió inmediatamente, comprendiendo los motivos de Sebastian.

—De acuerdo, Rufus. Recoge una pistola en Armas y ve allá. Tu damita maravillosa me alegrará la vida con su presencia aquí.

Rae todavía fue a decir algo, pero Sebastian se la impidió, besándola en los labios. Luego recordó:

—La buena esposa hace al buen policía, ¿recuerdas? Quietecita aquí.

Y se marchó.

CAPÍTULO VIII

ESTABA removiéndolo todo. No había hecho caso del pequeño vestíbulo con silloncitos, algunas plantas y grandes fotografías en las paredes.

Lo que importaba era el estudio y, sobre todo, los ficheros del estudio. Estaban atiborrados de clichés, y eso lo hacía todo verdaderamente difícil. Lo que buscaba podía estar escondido entre dos cualquiera de aquellos clichés. O debajo de un mueble, o detrás de una de las enormes fotografías que también había allí dentro por las paredes…

La puerta que comunicaba el estudio propiamente dicho con el vestíbulo de espera estaba cerrada, ajustada, para que la luz no llegase allí y pudiese ser vista por alguien desde el pasillo. También había corrido las espesas cortinas negras que daban a la calle desde aquel primer piso.

El hombre vestía unos *shorts* y una camisa suelta de colorines; calzaba sandalias. Gruesos chorros de sudor se deslizaban por su tenso rostro, crispado por la ansiedad y la angustia. Sus dedos se movían frenéticamente, pasando cliché tras cliché, tirando algunos al suelo, dejándolos de pronto y mirando en algún lugar que le parecía propicio para esconder lo que estaba buscando…

¿Dónde lo habría escondido?

Se secó el sudor con un antebrazo, regresó una vez más al fichero y continuó pasando clichés. Cerró uno de los cajones, abrió otro… Luego otro…

—No.

No podía estar allí.

Charlie tenía que haberlo escondido en otro sitio. En un sitio perfectamente seguro…

Oyó el leve ruido de la puerta. Muy leve. Pero tenía los nervios tan tensos que se volvió casi de un salto… para quedar petrificado

inmediatamente.

Y pálido.

Muy pálido.

Rufus Sebastian estaba allí. Allí mismo, ya en el estudio. Le miraba fijamente, con una dureza que podía parecer increíble en un hombre como él, educado y amable. Los claros ojos azules destacaban en el tostado rostro del policía casi con fiereza.

—No se mueva ya, Lucian, o dispararé.

Lucian Davis miró la pistola que empuñaba la nervuda y firmísima mano del policía. Se pasó la lengua por los labios y miró de nuevo a aquellos ojos helados.

—Sebastian…

—No busque ya más, Lucian. Nosotros, la Policía, encontraremos lo que sea… ¿Va a decirme de qué se trata?

—Espere… Espere, Sebastian, yo… yo le explicaré…

—Me placerá escucharle, Lucian. Y, naturalmente, ya sé que tiene usted mucho que decir. ¿Está buscando los clichés?

—Eee… Sí… Sí, los clichés…

Se entiende que son los que Charlie Tedder arregló con la cabeza de la señora Somervell y el cuerpo de la muchacha del refrigerador, ¿no, Lucian?

La palidez de Lucian Davis llegó a la lividez casi cadavérica.

—¡Lo sabe!

—Por supuesto que lo sé. Jamás tomo el *whisky* sin un par o tres de *rocks*. Dígame: ¿está buscando la fotografía o, mejor dicho, los clichés de las fotos del chantaje a la señora Somervell?

—Sí.

—Déjelo ya. Mis compañeros buscarán mejor y encontrarán esos clichés, por muy escondidos que estén… ¿Cómo se llamaba la chica, Lucian?

—No lo sé… No sé de qué me habla…

—Vamos, no sea estúpido. Podemos saber su nombre en menos de un par de horas nada más que estudiando los registros de Tedder. Tengo la fotografía de la chica, la vi personalmente… En este estudio tiene que haber alguna foto más de ella, su nombre, su dirección, número de teléfono… ¿Cómo se llamaba?

—Rosie Hopkins.

—Eso está mejor. Nos ahorraremos molestias cuando la

desenterremos en la playa. Trabajó con demasiada precipitación, Lucian: debió enterrarlos más profundamente. Pero tenía prisa…, ¿no es cierto?

—Debí… debí matarlo… —siseó Lucian—. ¡Debí matarlo a usted y a su esposa anoche…!

—Pero no lo hizo. Usted creía que no habíamos visto el cadáver de… Rosie Hopkins, y le pareció más conveniente no matarnos, ya que todo lo que podríamos decir al recobrar el conocimiento era que un par de hombres habían querido robarnos… ¿Correcto?

—Correcto.

—Pero yo sabía lo del cadáver casi desde que entré en el *bungalow*. Muy bien, Lucian: tenemos que irnos. Me gustaría que Rae estuviese aquí para oírme decir estos Lucian Davis, queda usted detenido en nombre de la ley; se le acusa de los asesinatos de Charlie Tedder y Rosie Hopkins. Debo advertirle que cualquier cosa que diga o haga podrá ser luego utilizada contra usted. Vámonos, Lucian.

—¿Adónde?

Sebastian le miró con el ceño fruncido.

Al departamento de Policía, naturalmente. Tendrá que firmar una confesión. Luego será encarcelado hasta que se le vaya a juzgar.

—¡No hará eso!

—Por supuesto que sí.

—¡No puede probar nada contra mí!

—¿Se quiere hacer el idiota ahora, Lucian? Ha asesinado a dos personas y ahora dice que no podré probar nada contra usted. Tan sólo dígame: ¿qué hace usted aquí? ¿Por qué no está pescando, como deben estar haciéndolo los demás? ¿Qué busca en este lugar, en el cual vivía una de sus víctimas y en el que, sin duda, habrá numerosas fotografías de la otra?

—¡Maldito sea…! ¡No me llevará preso!

—Yo creo que sí, Lucian. En cierto modo, es comprensible que un hombre como usted, siempre viviendo con millonarios, se haya acostumbrado a la buena vida, Pero un secretario no puede llevarse muy buena vida… No la misma, al menos, que la persona que le tiene contratado…

—¿Y qué sabe usted de eso?

—¿De qué?

—De la persona que me tiene contratado…

Rufus Sebastian achicó los ojos.

—Estoy hablando de Alex, Lucian. Del hombre a cuya mujer iba usted a chantajear por medio millón de dólares… Como principio. Luego, cuando tuviese suficiente, se habría despedido, y ¡a vivir!

—¿Acaso no tengo derecho?

—A vivir, sí. A chantajear y a matar, no. ¿Qué pasó con la chica, con Rosie Hopkins? ¿Se puso tonta? ¿Quería más dinero?

—Era una estúpida.

—Oh, ¿sí? ¿Por qué, Lucian?

—Ella no sabía lo que habíamos planeado hacer con algunas de sus fotografías. Pero accidentalmente las vio. Tuvimos que prometerle dinero y decirle lo que pensábamos hacer…

—¿Y ella quiso cobrar por su cuenta, directamente a Harriet?

—¡No! Dijo que aquello era una canallada… Que ella era modelo de ciertas fotografías, pero que como actividad poco recomendable ya estaba bien; no quería saber nada con el chantaje.

—Qué estúpida, ¿verdad? —dijo fríamente Sebastian.

—Por completo. Charlie y yo la perdimos de vista un par de días. Pero ella llamó a Charlie diciéndole que se habían enterado dónde estaba Harriet Somervell y que iba a decirle la verdad. Yo la vi llegar y la convencí para que charlásemos en el *bungalow*, diciéndole que todo se podría arreglar. Pero ella no quiso arreglos y…

—Y la mató de una puñalada.

—Pruébelo.

—Esté seguro de que lo haré. Y también probaré que mató por la noche a Tedder, porque las cosas se le estaban poniendo difíciles. Muertos los dos, sólo tenía que recoger las fotos y los clichés y seguir adelante con el chantaje, con el medio millón para usted solo.

—Pruebe todo eso.

Sebastian encogió los hombros y se apartó de la puerta.

—Salga, Lucian: nos vamos ya.

Lucian Davis miró a todos lados, acorralado. Sebastian le contemplaba fríamente, inmóvil, atento al menor de sus movimientos. Por fin dejó caer la cabeza sobre el pecho, caídos los hombros; se metió las manos en los bolsillos de los «*shorts*».

—Está bien… —susurró—. Pero ojalá lo hubiese matado, Sebastian. ¡Y a su esposa!

—Salga.

Con paso cansino, derrotado, Lucian Davis comenzó a caminar hacia la puerta, siempre bajo la amenaza de la pistola de Sebastian. Salió al vestíbulo de espera, y el policía detrás. Llegó a la puerta que daba a la escalera, la abrió… Sebastian no le perdía de vista…

Pero Lucian Davis le sorprendió lo suficiente cuando saltó de espaldas hacia él para hacerle perder el equilibrio. Las manos del secretario salieron de los bolsillos. Una de ellas golpeó a Sebastian en la muñeca, y la pistola escapó de los dedos.

En la otra mano se oyó un chasquido, y la hoja de la navaja de resorte apareció bruscamente, brillando a la luz. Sebastian, que había iniciado un movimiento para recuperar su pistola, comprendió, que no tendría tiempo de utilizarlas si prescindía de Davis, que se lanzaba contra él con la navaja por delante.

Le lanzó una puntada que rasgó la ropa del policía y cortó la carne en un costado. Sebastian lanzó un grito de dolor y se dejó caer de rodillas, buscando frenéticamente la pistola.

Lucian Davis la alejó de su mano de un puntapié. Y de otro puntapié, que acertó a Sebastian en la barbilla, lo tiró contra la pared, saltando tras él con la navaja lista para el golpe definitivo.

Lo lanzó, pero Sebastian pudo esquivarlo en esta ocasión. Se escurrió por un lado, se puso en pie de un salto y golpeó con el puño derecho a Davis detrás de una oreja. El secretario salió lanzado, dando tumbos, hasta la otra pared, perseguido ahora por Rufus Sebastian, cuya expresión era por completo implacable. Sabía ya que Davis no era un enemigo de la talla de Charlie Tedder…

Pero Davis no había soltado la navaja, y cuando Sebastian pretendió acercarse para golpearle otra vez, de nuevo le lanzó una cuchillada…, que esta vez no acertó.

En cambio, sí acertó Sebastian: aferró la muñeca armada de Davis, se la pasó por encima de un hombro y dio un violento tirón. Lucian Davis pasó por encima de él chillando, soltando la navaja por fin. Pero Sebastian no soltó su muñeca, de modo que el batacazo fue más duro y doble, pues apenas había tocado Davis el suelo el puntapié del policía le partió la boca. Le soltó entonces, y de otro puntapié, ahora en los riñones, le tiró rodando un par de

yardas.

Entonces Sebastian se inclinó y recogió la navaja.

—Arriba, Lucian —jadeó.

Pero Lucian Davis no le obedeció, sino que comenzó a rastrarse con manos y rodillas hacia donde había caído la pistola de Sebastian, que advirtió:

—¡Quieto, Lucian! ¡No siga! ¡No lo intente! ¡No…!

Lucian Davis tenía ya la pistola en la mano y se volvió hacia Sebastian con ella en alto, buscándole, soltando una estremecedora risita de triunfo… que se cortó bruscamente cuando su propia navaja, lanzada por Sebastian, se clavó fuertemente en su pecho.

—¡Aaag…!

Davis dejó caer la pistola. Estuvo unos segundos mirando como si no le conociese a Rufus Sebastian. Luego miró el mango de la navaja, que sobresalía de su pecho. Una expresión de estupor apareció en sus facciones crispadas por el dolor, que se suavizaron un instante…

Por fin cayó de bruces, bruscamente, como fulminado.

Rufus Sebastian, pálido, se acercó al caído y le estuvo mirando unos segundos. Vio la pistola y la apartó de un furioso puntapié. No le gustaba matar.

Se arrodilló junto a Lucian Davis y lo volvió cara al techo con cuidado. Los ojos del secretario se fijaron en los suyos.

—Aaa… aa-a-aaa…

—¿Quiere decirme algo, Lucian?

—Yo… s-s-soy… el… el a-a-ase… si… no…, pe… pero…

Quedó con la boca y los ojos abiertos, con expresión de espanto.

CAPÍTULO IX

ALEXANDER SOMERVELL estaba un poco pálido cuando Rufus Sebastian terminó la explicación, en la cual sólo se había omitido el paradero de los cadáveres y las sospechas que el policía tenía respecto a ese paradero.

—Y esto es todo… —suspiró Sebastian—. O casi todo. Aquí tienes las fotos, Alex.

Somervell las tomó, las vio y miró enseguida a su esposa.

—Debiste decírmelo, Harriet; jamás habría creído esto de ti, lo sabes muy bien.

—Claro que lo sabe —musitó Sebastian—: incluso me lo dijo. Pero ella no temía lo que tú pensases, sino lo que podía ocurrir con respecto a tus negocios si el señor Harriman recibía unas fotos de éstas, al no pagar Harriet el medio millón de dólares a Lucian y a los otros dos, o sea, Tedder y la chica del refrigerador.

Estaban todos en la terraza. Excepto Lucian Davis, por supuesto. Debían ser casi las siete de la tarde y empezaba a estarse realmente bien en la quinta de Key Largo.

Humphrey carraspeó.

—Bueno… Desde luego, unas… unas fotos de esa naturaleza pueden echar muchas cosas por tierra.

—Pero eso pasó, señor Harriman —dijo Sebastian—, de modo que Elwood y Alex continúan con los mismos honores en la pelea.

—Naturalmente.

Alexander Somervell parecía muy deprimido.

—Jamás se me hubiese ocurrido que Lucian pudiese hacernos esto a Harriet y a mí… ¡Y mató a dos personas!

—Uno nunca sabe con quién está tratando —musitó el policía—. Te asombrarías más aún si te contase algunas de las cosas que hemos visto los del Police Department, Alex.

—Sí, claro, pero… En fin, lamento… Sí, lamento que Lucian

haya muerto.

—Se trataba de su vida o la mía. Le advertí, le grité…

—Por Dios, Rufus —susurró Harriet—. Alex no está censurándote nada.

—¡Claro que no! —exclamó Somervell—. A fin de cuentas, ¿qué otra cosa podía esperar un asesino?

Hubo un silencio, que cortó Clay Morgan al preguntar:

—Antes dijiste que eso era «casi» todo, Rufus. ¿Qué quisiste decir con ese «casi»?

—Pues… Bueno, queda por solucionar lo de los cadáveres. Sería conveniente hallarlos, pero me temo que será imposible. Deben estar ahora en el fondo del mar.

—Es una tumba como otra cualquiera —intervino Byrnes—. ¿Por qué preocuparse por ellos?

—Quizá sean imaginaciones mías, pero… —Sebastian quedó pensativo—. Bueno, el caso es que me pareció que Lucian, antes de morir, dijo que había algo muy importante en el cadáver de Charles Tedder. Yo… Demonios, juraría que una nota o algo así que llevaba el propio Tedder.

—Bien, pero ¿qué decía esa nota?

—¿Cómo saberlo, Elwood? Esta clase de gentes que se dedican a chantajes y porquerías similares suelen cubrirse siempre las espaldas. O con pruebas o con amenazas…

—Me parece que nadie de aquí te entiende, Rufus.

—A ver si me explico: esos tipos, a veces, llevan anotados nombres o números de teléfono en su agenda. A veces trabajan para gente que son de más cuidado que ellos, y así se aseguran de que no deben temerles. Por ejemplo, si después de un trabajo deciden «liquidarlos», es probable que la policía encuentre en un bolsillo un papelito con un nombre, una dirección, un número de teléfono… O una agenda. Cualquier cosa que pueda llevarnos en busca de una pista.

—Ya entiendo… —dijo Morgan—. ¿Y tú crees que ese Charles Tedder llevaba una agenda o algo parecido?

—Lo que yo creo es que Lucian lo dijo… Pero no estoy seguro. Vaya, es una lástima que yo no pueda echarles un vistazo a esos cadáveres… —Miró su reloj—. Bueno, tengo que marcharme ya. ¿Vamos, Rae?

Se pusieron en pie.

Harriet invitó:

—¿No queréis acabar el *week-end* aquí, Rufus?

—Volveremos en cuanto haya liquidado este asunto de modo definitivo en el Departamento. Aún quedan algunas cosillas que hacer allí… Supongo que mañana Rae y yo estaremos de vuelta. Hasta entonces a todos.

Los Somervell acompañaron a los Sebastian hasta el embarcadero y estuvieron allí hasta que la lancha se alejó. Luego regresaron a la terraza con sus invitados.

—Me pregunto qué habría pasado si no llego a llamar a Rufus —musitó Harriet.

Hacia las tres de la madrugada, la sombra se despegó de la casa, mirando temerosamente a todos lados. Pasó a toda prisa junto a la piscina y los *bungalows*, hacia la playa. Una vez allí, muy cerca de la orilla, fue caminando playa arriba, despacio, mirando con toda atención la arena, hasta encontrar la pequeña elevación que había estado buscando.

Se arrodilló junto a ella y comenzó a apartar la arena frenéticamente. Casi enseguida vio un pie. Un pie pequeño, de mujer, desde luego.

El hombre estuvo unos segundos inmóvil, contemplándolo. Pero, de pronto reanudó aún más frenéticamente su trabajo. Otro pie de mujer, otro de hombre, otro… Piernas… La arena iba quedando a los lados. Sólo se oía el jadeo del hombre, el leve crujido de la arena, el rumor del mar…

Primero estaba la muchacha, en postura grotesca. La arena se había pegado con fuerza a su cuerpo, a sus cabellos. No era una visión agradable, no…

El hombre se quedó de nuevo quieto unos segundos. Luego agarró los dos tobillos de la muchacha y tiró con fuerza hacia el mar hacia la orilla… Estaba terriblemente cansado. Tanto, que a mitad de camino se dejó caer de rodillas jadeando y luego de cara sobre los sudorosos brazos.

Cuando alzó la cabeza dispuesto a continuar su tarea vio les dos pies masculinos junto a él. No los pies del cadáver que estaba en la arena enterrado, sino los de un hombre que estaba en pie junto a él.

—No se canse más, señor Harriman: la policía se encargará del

resto.

—¡Sebastian!

Humphrey Harriman había alzado la cabeza vivamente, y su voz fue como un grito de espanto, de angustia, de incredulidad…

—Póngase en pie. Ya ha hecho bastante.

La mandíbula de Harriman comenzó a temblar, y por un instante Rufus Sebastian casi sintió pena por aquel hombre. Sólo por un inspector. La luz de la luna, pasando por entre las palmeras cercanas a la playa, apenas permitía distinguir sus facciones, pero si la intensa lividez de su rostro.

—Dios mío… Dios mío…

—Debió pensar antes en El, señor Harriman. Y en lo poco conveniente de tratar con hombres como Lucian Davis y Charlie Tedder. Al fin y al cabo, ¿por qué no admitirlo?, no son iguales que usted.

—Sebastian… Sebastian, se lo suplico…

—No. No son iguales que usted, señor Harriman: por lo menos Lucian luchó por su vida. Usted sólo suplica. Debo decirle que está perdiendo por completo el tiempo.

—No puede ser… No puede ser…

—Póngase en pie y vamos hacia la casa.

Sebastian agarró a Harriman por un brazo y tiró de él hasta que estuvo en pie. Luego lo llevó hacia la casa.

En menos de un minuto todos sus ocupantes, incluida la servidumbre, estaban en la terraza contemplando al abatido Humphrey, derrumbado en un sillón, caída la cabeza sobre el pecho. A su lado, su esposa, tan abatida como él.

—Traedme una linterna.

—Rufus, dinos…

—Primero, la linterna. La más potente que tengáis.

Le trajeron una que consideró de la potencia suficiente. Sin añadir más, se fue hacia el embarcadero. Desde la terraza le vieron hacer señales mar adentro.

Cuando regresó no parecía precisamente alegre. Antes de que nadie le interpelase, decidió explicar los últimos acontecimientos.

—Ya sabéis que Lucian tenía un apartamento en Miami. Y, como es natural, fuimos a registrarlo. En su caja fuerte había unes papeles con datos que expresaban claramente que Harriman estaba en

verdaderas dificultades económicas…

—¡Oh, vamos, Rufus…! —estalló Byrnes.

—Lucian Davis era un hombre despierto. En cuanto Harriman inició los tratos preliminares con vosotros, se interesó por él. Era un hombre despierto, si… Consiguió reunir datos suficientes para probar en cualquier momento que Harriman estaba mal de dinero y que las cosas acabarían del todo mal si no conseguía una de esas inversiones vuestras. Seis millones de dólares, incluso menos, le podían arreglar sus asuntos… ¿Qué pasó con Davis, Harriman?

—Perdónenme… Perdónenme, estaba desesperado…

—Comprendemos eso… ¿Qué pasó con Davis?

—El vino a verme… Me dijo que si decía lo que sabía ni Somervell ni Burnes querrían saber nada de mi negocio…

—¿Le pidió dinero?

—Un… millón de dólares… Pero yo no podía dárselo; ¡no tenía ese millón! Él me dijo… me dijo que si Byrnes y Somervell se enteraban de esto yo estaba arruinado definitivamente Y que si no le daba el dinero, ellos se enterarían. También dijo que, de todas formas, quizá se enterasen si yo no hacia lo que me dijese…

—¿Lo del chantaje?

—Bueno, sí…

—Señor Harriman, ¿de quién fue idea el chantaje?

—De… de él…

—Fue idea de usted.

—¡No! Fue… fue de los dos… Así, Davis conseguía enseguida medio millón. Luego… luego él se encargaría de que Somervell diese por buenos mis documentos a presentar, le diría que todo estaba en orden. Y cuando… cuando yo tuviese los seis millones, le… le daría otro millón entero…

—Vaya… Era ambicioso el amigo Lucian… ¿Qué habría pasado si Alex hubiese insistido en comprobar él mismo su estado financiero, si no hubiese permitido a Lucian decidir por él en la revisión de documentos?

—El… el chantaje era doble… Si Somervell se enteraba de mi estado financiero, le amenazaríamos con sacar miles de copias de… de las fotografías… Pero si aceptaba invertir esos seis millones, todo… todo iría bien para todos… ¡Se los habría devuelto, se lo juro! ¡Sólo quería una oportunidad…!

Alex Somervell se plantó delante de Harriman con los puños apretados, pálido el rostro.

—De buena gana, Harriman… ¡De buena gana le mataría a golpes!

—Sólo… sólo quería una oportunidad para… recuperarme…

—¿Y no se le ocurrió pedirla llanamente, sin dárselas de vencedor, de gran concesionario? ¿Tenía que recurrir a esa puerca mentira, llevando de un lado a otro el retrato trucado de mi esposa? ¡Lo voy a…!

Somervell se había ido excitando a medida que hablaba, y Clay Morgan y Sebastian tuvieron que sujetarle.

—Tranquilízate, Alex. Todo terminó. Tenemos los clichés, y no creo que existan más copias. Todo está bien…, aunque no para el señor Harriman.

—Se acerca una lancha —informó Byrnes.

—La mía —aclaró Sebastian—. Rae viene con ella. Salté de la lancha a poca distancia de aquí y regresó a donde sabía que estaban los cadáveres de Rosie Hopkins y Charlie Tedder. Y he estado esperando hasta que, como suponía, Harriman ha querido arrastrar los cadáveres al mar para deshacerse de verdad de ellos. Lucian debió decirle lo ocurrido y dónde estaban… ¿Cierto, Harriman?

—Sí… Sí, sí…

—No existían tales datos o agenda en el cadáver de Tedder; fue solo una trampa mía. Andando a la lancha, Harriman. Nos están esperando en el Departamento de Policía.

—¿De… de qué se me acusará…?

—Por ejemplo, de inducción al asesinato. No se preocupe: el ministerio fiscal conoce su trabajo. Y ojalá lo cumpla bien, como tiene por costumbre.

ESTE ES EL FINAL

RUFUS SEBASTIAN colgó el auricular en el soporte del aparato que tenía en la mesita de noche. Afuera, el sol de la tarde de un espléndido domingo, contenido por las persianas, suavizado por el verde refrescante de palmeras y plantas.

Rae se agitó en la cama, murmurando:

—¿Quién era, Rufus?

—Harriet.

—Oh… ¿Qué quería?

—Me llama desde Key Largo. Dice que si no vamos nosotros a su quinta vienen ellos a la nuestra.

Rae Sebastian se sentó bruscamente en la cama.

—¿Aquí?

—Aquí mismo. Pero tienes todavía tiempo para acabar la siesta. Dos noches sin dormir son demasiadas para ti.

—¿Qué les has dicho?

—Que estamos muy bien aquí, de momento.

—¡Oh, Rufus…! ¡Los tendremos en casa dentro de un par de horas como máximo!

—¿Te molesta?

—Pues no, pero…

Sebastian besó una orejita de su esposa.

—No te alarmes. Sólo estarán aquí esta noche. Mañana salen en avión hacia Honolulú. Después de lo sucedido dicen que se aman todavía más y que se van en segundo viaje de luna de miel…

—¿Y nosotros cuándo, policía?

—Dentro de un mes… Sí, dentro de un mes… ¡Daremos la vuelta al mundo!

—No te creo… ¿Qué harías tú lejos del Departamento de Policía?

—Si tú estabas conmigo…, pues lo mismo.

Rae se sonrojó.

—Te tomo la palabra, agente Sebastian: dentro de un mes. ¡Viaje de bodas!

—Está bien, amor… ¿Vas a dormir más?

—No, no…

—¿Quieres tomar algo fresquito?

—Bueno.

—Yo iré a buscarlo; no molestes a Betty.

Sebastian saltó de la cama, se puso el pijama y salió de sus habitaciones. Regresó unos minutos después, haciendo malabarismos con una bandeja en la que había dos vasos, una botella, recipiente con cubitos de hielo… Pero lo que espantó a Rae fue que su esposo llegaba silbando lo de que Susana tiene la cara de manzana, las patas de madera… ¡Hía, hía, hooo…!

—¡Rufus! ¿Has encontrado otro cadáver en el refrigerador?

—Oh, no… Pero venía pensando… ¿Sabes? Sería una buena idea…

Rae le miró con una expresión deliciosamente torva.

—¿Qué es lo que sería una buena idea?

—Pues eso: podríamos colocarles un muerecito en el refrigerador a Harriet y Alex…

—¡Por Dios, Rufus, no seas macabro!

—Oh, bueno, es que así ellos también tendrían su asesinato *on the rocks*, mujer…

FIN